

MISIONES CATOLICAS

Revista Universal Familiar

Jul - 48

1423



Tipo de Rikchak
en el Tibet (Asia)



Editorial y Librería "Tip. Cat. Casals"

Barcelona-C. Caspe, 108-Apart. 776-Tel. 51726

¡Colegios!... La rutina es despilfarro,

ANTES DE REPETIR EL PEDIDO DE TEXTOS
COMO EL AÑO PASADO, ESTUDIEN NUEVAS
OFERTAS, ANALICEN LOS CATÁLOGOS,
PONDEREN LAS CONDICIONES...
SE TRATA, NADA MENOS, QUE DE ADQUIRIR
LOS MISMOS LIBROS, PERO...
¡CON MAYORES VENTAJAS!

**La Sección de Librería de «Tip. Cat. Casals» ultima
nueva edición de su ya célebre Catálogo**

OBRAS DE ENSEÑANZA (1948-1949)

con muchos más títulos que el pasado año de las más apreciadas ediciones
españolas, reunidos en

**ENSEÑANZA PRIMARIA — ENSEÑANZA MEDIA, GENERAL
Y BACHILLERATO (EXAMEN DE ESTADO) — COMERCIO Y
—————o ENSEÑANZA SUPERIOR o—————**

Un denso Catálogo por su contenido, pero muy claro por su clasificación:
Riguroso orden alfabético de títulos dentro de cada una
de las materias que abarca cada Sección

**OFRECIENDOLES: LAS MEJORES CONDICIONES
LIBRERAS CON LOS MAXIMOS
DESCUENTOS EDITORIALES**

Solicítenlo sin demora y lo recibirán gratuito a
vuelta de correo, al igual que las Listas de obras de
fondo y Boletines periódicos de información bibliográfica.

SANTIAGO EL MAYOR Apóstol y Patrón de España



Betsaida, es un pueblecito marinero asomado al cristal del lago de Genesareth. Allí viven entregados a las tareas cotidianas de la pesca Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Felipe. Juan y Santiago, son dos hermanos que ayudan a su padre Zebedeo en las faenas del mar. Hasta allí ha venido la fama de un Profeta extraordinario. Precisamente es Él, Él mismo, en persona, quien llega una tarde bordeando la orilla del lago con un porte de incomparable majestad. Los marineros repasan las redes para la pesca; al verle, le contemplan con asombro y admiración. El Profeta se acerca, llama a Simón Pedro y a su hermano Andrés, y les dice: «Venid conmigo, y yo os haré pescadores de hombres». Un poco más lejos encuentra a Santiago y a Juan, y les dirige la misma invitación. Una música inefable debieron percibir en sus palabras, que sin pestañear, dejaron trabajos y parientes y le siguieron...

Desde entonces, Pedro, Juan y Santiago fueron, entre todos los Apóstoles, los más allegados amigos e íntimos confidentes de Jesús. Les hizo testigos singulares de algunos milagros y partícipes privilegiados de sus días de gloria y de sus momentos de tristeza.

Animada por esta especial benevolencia que el Señor dispensaba a sus hijos, María Salomé, como buena madre, se atrevió a pedir para ellos los mejores puestos en el Reino de Cristo. El Señor volvióse a Juan y Santiago, y les preguntó: «¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?» «Possumus (podemos)», contestaron con energía. «Mi cáliz sí que le beberéis—repuso el Rabi;—pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre».

Esta deferencia de Jesús hacia los hijos del Zebedeo engendró en ellos, por lógica reacción de gratitud un cariño y apasionamiento intensos, como

lo demostraron en aquella ocasión en que demandaron licencia para bajar fuego del cielo que abrasase a los orgullosos samaritanos que no quisieron recibirle.

Este celo ardiente por el Divino Maestro, aquella valentía para morir con El si necesario fuese, aquella decisión, sin titubeos, del primer instante para seguirle, expresan a lo vivo la nota predominante del carácter impetuoso del Apóstol Santiago, razón por la cual fué denominado por el Señor, juntamente con su hermano, con el apodo expresivo de «Boanerges», «hijos del trueno», porque con el estruendo de su voz sacudiría el marasmo de muchos pueblos adormecidos en la ignorancia y el error.

Tras el gozoso día de las lenguas de fuego amaneció el día triste de las despedidas. «Id y predicad a todas las gentes», había sido la última voluntad del Maestro. Y los discípulos se dispersaron y se repartieron la tierra. Por los campos de Hesperia incultos de malezas de idolatría, Santiago fué derramando la semilla de la verdadera fe.

Santiago es nuestro Padre en la fe, es el Apóstol de los españoles y el primer Misionero español. Porque, en verdad, Santiago con el filo cortante de su palabra, trituró la corteza de nuestro suelo patrio endurecida por muchos siglos de paganismo.

Concluida esta obra de colonización espiritual, regresó a Palestina para cumplir el decreto divino de beber el cáliz de la Pasión, después de dejar la pequeña grey de cristianos encomendada a sus discípulos Torcuato, Ctesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufasio. Recorrió los pueblos de Judea, Samaria y Galilea, continuando el ministerio de la palabra divina con tanto ardor y celo, que soliviantó los ánimos de los príncipes de la Sinagoga. El año 43 ó 44 de la Era cristiana, Herodes Agripa, instigado por el odio de los judíos, lo mandó decapitar. Su precioso cuerpo fué arrojado extramuros de la ciudad para ser pasto de las bestias del campo o de las aves de rapiña, pero sus discípulos, al amparo de las sombras nocturnas, lo recogieron cuidadosamente y lo trasladaron a Joppe desde donde lo trajeron a España, a la sombra de su bandera, para proseguir desde su tumba la obra iniciada, irradiando su amor sobre la nación que tantos días de gloria le había de dar en el curso de los siglos. Y allí, en el fuego sagrado que brota de sus restos gloriosos, irán los capitanes españoles a templar el acero de sus espadas para arrojar de la península a los secuaces de Mahoma, o plantar juntamente con el pendón de Castilla la cruz en el corazón de las selvas vírgenes de América; allí irán los Misioneros a caldear sus almas para llevar a todas las regiones del planeta la semilla del evangelio traída por el Apóstol; allí los gobernantes a buscar luz para dar a sus súbditos sabias y cristianas leyes; allí, en fin, los santos y los sabios a descifrar los arcanos del espíritu para iluminar con los destellos de su ciencia y santidad la Iglesia, los claustros y las atilas.

España debe llenarse de gozo y noble orgullo, al tener por Patrono y Padre en la fe a un Apóstol tan grande como Santiago. Que el árbol de la fe plantado por él en nuestra patria conserve, desde la tumba de Compostela, el vigor y la exuberancia de sus mejores tiempos, y cobije bajo su espléndido ramaje a todos los españoles.

FR. JOSÉ CRUZ ROMERO, franciscano.

En el momento dichoso en que se juntan en «unidad de idea, en unidad de amor y en unidad de empresa» estos dos corazones, el de Jesús y el de su Misionero, entonces, todas las demás realidades del mundo añejas al apostolado cristiano — dolor, sacrificios, fatigas, persecuciones, martirios, éxitos, triunfos, consolaciones — encuentran su punto de unión, sólo en el amor, en un gran amor, en el único amor: en el amor de Cristo a Dios, en el amor de Cristo a la Iglesia, a la humanidad entera y al mismo Misionero que desarrolla e incrementa los planes amorosos de Jesús sobre el mundo y sobre las almas.

A medida que el corazón del Misionero va penetrando en los designios que el Corazón de Jesús tiene sobre el universo, sobre las almas y sobre la historia, el corazón y el amor de este Misionero empiezan a cobrar, en sus latidos y aspiraciones, en sus plegarias y en sus sacrificios, un calor y una fisonomía propia del Corazón misionero de Cristo.

En este sublime momento pueden aplicarse, con exactitud, aquellas palabras que de sí dice el apóstol San Pablo: «Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo es quien vive en mí» (*Galat. II*). Muy menguado sería el amor de nuestro corazón a Cristo si no se plasmase, cada día, en un acto de vida similar a los actos de la vida divina de Jesús. El Misionero católico debe estimar este «vivir de Cristo, en Cristo, por Cristo y para Cristo» como la dicha y riqueza suprema de su existencia sobre la tierra y a lo largo de todos los caminos del orbe en busca de almas para la Iglesia de Dios.

Siempre que el corazón del apóstol rebose fe y amor es cosa fácil actuar en la vida al modo de Cristo. Al vivir el alma la vida de Jesús, al vivirla intensamente, cuando nuestra alma pueda decir como San Pablo «mi vivir es Cristo» (*Fil. I, 21*) luego, necesariamente, nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestras acciones vienen a ser una rutilante irradiación del pensamiento, del corazón y del espíritu de Jesús.

Entre el Corazón de Cristo y el del Misionero católico debe existir una comunión íntima de unos mismos ideales y de una misma empresa ecuménica. El Corazón de Jesús se abre generosamente en una epifanía de sencillez, de franqueza, de mansedumbre y de esplendores divinos ante el corazón del Misionero. Se abre como una rosa ante el sol, sin recelos, sin desconfianzas ni reservas. Se manifiesta el perfume de sus secretos, el plan de sus conquistas, la ruta de sus avances. Pero, al mismo tiempo, el Corazón de Jesús también exige del corazón de su apóstol, de su Misionero, una visión y una comprensión ancha y heroica de sus ideales redentores. Exige de él una entrega sincera, total y sin reservas al servicio de su amor en la regeneración del mundo, en la difusión universal de su Iglesia y en la glorificación del nombre de Dios en todo el universo.

Así como Jesús se ha entregado al mundo «propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos» (*Ephes. II, 4-6*), del mismo modo, el corazón del Misionero debe donarse, regularse a Cristo en una efusiva entrega de amor y de vivo apasionamiento por su obra redentora, por la obra misionera de su Iglesia.

Por otra parte, el ser Misionero de Jesús es, en realidad, ser depositario de las riquezas investigables del amor de Cristo para con todos los pueblos paganos.

Todos los grandes Misioneros de la Iglesia católica han estado y están hondamente convencidos de esta gran verdad. Por eso mismo — porque se sienten cálidos vivos del amor de Jesús a todos los hombres — recorren con pasos afanosos todos los continentes; y de sus corazones salta — como una brasa encendida a sus labios — este grito anheloso y apasionante del apóstol San Pablo: «Vae enim mihi est si non evangelizaverim» (*I. Cor. IX, 16*). «Ay de mí si no predicase el Evangelio!» «Charitas Christi urget nos» (*II. Cor. V, 14*). El amor de Cristo: he aquí el aguijón que espolea el corazón del Misionero. Cuando se cree y se entiende y se vive y se siente y se goza del panorama infinito que los latidos del Corazón de Cristo abren en el mundo de las almas, entonces, las perspectivas del pensamiento y de la obra del Misionero católico cobran dimensiones ecuménicas, hallan horizontes sin fronteras, inmensos, infinitos, en la ruta de su vida.

Al par que el corazón del Misionero católico se apropia los sentimientos de conquista universalista que anidan en el Corazón de Cristo, el corazón del Misionero, poco a poco, va dilatándose «cor nostrum dilatatum est» (*II. Cor. VI, 11*) y cobrando un ritmo de pleno ensanchamiento mundial al compás de los latidos del Corazón de Jesús.

Son, pues, hermanos el Corazón de Jesús y el corazón del Misionero. un mismo amor el Corazón de Jesús y el corazón del Misionero. Aquello que decía San Juan Crisóstomo acerca del amor de Cristo y del de San Pablo: «Cor Christi cor Pauli», «el corazón de Cristo era el corazón de Pablo», eso es lo que, efectivamente, se ha de afirmar del auténtico Misionero católico.

¡Qué bien canta el P. Zameza el anhelo ardoroso de nuestros Misioneros, personificándolo en el apóstol San Pablo!

El Misionero «ansía morir de amor, su corazón tira hacia el Corazón de Cristo con fuerza irresistible, pero prefiere, mientras no disponga otra cosa su amor divino, caminar, avanzar, tras no disponga otra cosa su amor divino, caminar, avanzar, predicar, sembrar amor de Cristo, fundar iglesias, encender sobre la helada tierra nuevas llamaradas de caridad de Cristo, ir formando nuevos Cristos, y, sufriendo sin cesar por ellos, suplir en su cuerpo lo que aún faltara de dolores a la Pasión redentora de Cristo. ¡Oh, si pudiera hacer de todo el mundo un corazón amante de Cristo como el suyo!»



Conclusión de

EL CORAZON DE JESUS Y EL CORAZON DEL MISIONERO

P. J. ISORNA, O. F. M.



El corazón del Misionero es luz, eco, calor y perfume. Corazón de Jesús. Y por eso los dolores, miserias, lágrimas, necesidades de todos sus hijos en la fe deben repercutir fuerza en su corazón de padre. «El corazón del misionero sufrir él solo para no turbar el gozo de otros. Trabaja de noche, ama siempre... Y, lo que es más sublime, sabiendo en el corazón de los demás los intereses, el amor, planes, la idea de Jesucristo Dios, de Jesucristo Víctima, Jesucristo Padre, Jesucristo centro de la creación, Jesucristo poso de la Iglesia, Jesucristo perdón, resurrección y glorificación de todos».

¡Qué hermosa es la cristificación de las almas a la luz y calor de estos dos corazones enamorados entre sí: el Corazón de Jesús y el corazón de su Misionero!

¡Qué grande es el corazón del Misionero al lado del Corazón de Jesús! En él caben ciudades, pueblos, razas, naciones y continentes. Niños y ancianos; jóvenes y adultos; ricos y pobres; sabios e ignorantes.

¡Qué compasivo es el corazón del Misionero al lado del Corazón de Jesús! Como el de Este llora y gime por las almas que están sentadas en la sombra de la muerte, en las tinieblas del pecado y del paganismo.

¡Qué hostia viva es el corazón del Misionero católico al lado del Corazón sacerdotal de Jesús! ¡Qué hermoso sacrificio el de sus fatigas, el de sus insomnios, el de las persecuciones del martirio!

¡Qué esforzado, ansioso, confiado y satisfecho se siente el corazón del Misionero católico al rimar con el Corazón de Jesús los mismos ideales, idénticos sentimientos, los propios entusiasmos, iguales programas de redención y de salvación de todos los hombres!

¡Podrá haber mayor consuelo, en la tierra, para el Misionero de Cristo que este de experimentar en su corazón la música divina de los latidos misioneros del Corazón de Jesús?

Sería de desear que cada uno de nosotros hiciéramos vibrar nuestro propio corazón al compás del Corazón misionero de Jesús. El latido del Corazón de Cristo es el mismo latido de su Cuerpo místico. Latido, por naturaleza, universalista, ecuménico y católico. Y cada miembro de este Cuerpo místico ha de tener, en la fibra más íntima de su espíritu, ese ritmo divino y celestial que le imprime el Corazón del Redentor de todos los hombres.

El Corazón de Jesús es el sol que alumbró nuestros afanes más nobles y generosos dentro de la Iglesia de Dios. El nos abre ante nuestras pupilas panoramas insospechados, nos descubre horizontes en cuyas auroras y en cuyos crepúsculos se abrasa y besa el amor de Dios con el amor de los hombres.

Al colocarnos en la cima de un monte y al tender la mirada en torno sorprendemos, sin duda, la vista del paisaje en su total plenitud. Si, por otra parte, subimos a lo alto de un aeroplano la visión total del paisaje resulta todavía más completa e integral. Entonces lo contemplamos de lleno, abarcándolo en todos sus detalles y pormenores.

En el orden espiritual no hay cima, ni altura divina más propicia para abarcar, de un solo golpe de vista, el panorama de la salvación y santificación de los hombres que el Corazón de Cristo.

«Desde este punto de vista — dice el eximio misionólogo P. Zameza — el valor de las almas, por lejos que estén éstas de nosotros, cada una de ellas nos parece un cielo; las chozas de los negros, las cabañas de los isleños perdidos en el infinito de los océanos, los iglús helados de los esquimales, se elevan y toman la dignidad de verdaderos templos vivos de Dios... Contemplando el mundo desde el Corazón de Cristo muerto por los hombres, lo más abyecto y pequeño va adquiriendo, en su valor espiritual, relieve y grandeza que lo eleva hasta los mismos cielos.»

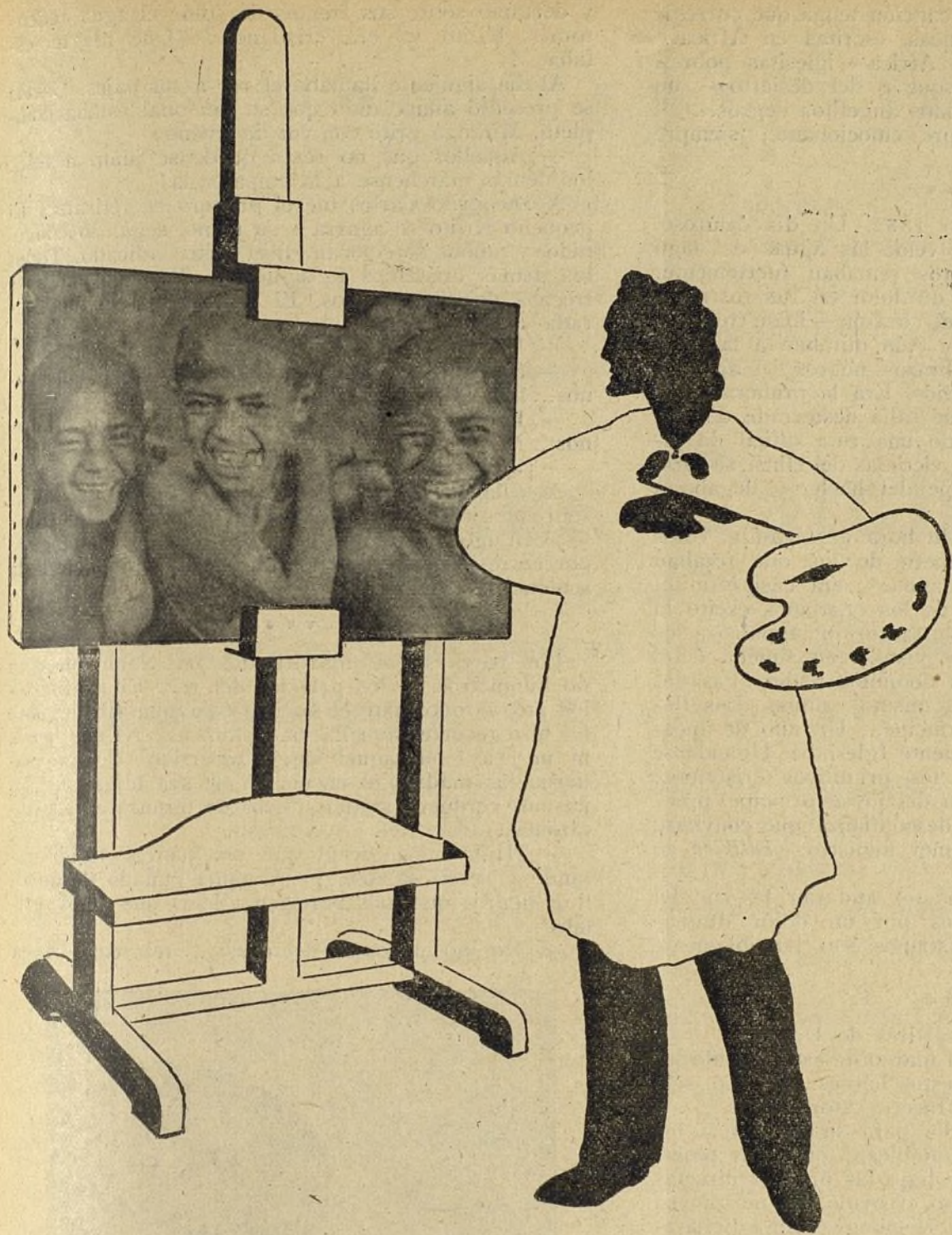
Desde allí la tierra se achica, la Iglesia se agranda. Desaparecen los límites, se esfuman las fronteras, pasan apenas inadvertidas las grandes cordilleras divisorias de continentes; y, en cambio, las chozas, las cuevas y los tugurios de los más salvajes se funden con la grandeza de Cristo. Así dignificados esos pobrecitos salvajes interesan más que todo el universo físico a la mirada y al Corazón de Dios» (*Amemus Ecclesiam*. Burgos, 1936; págs. 400-401).

Toda alma cristiana que por los caminos del amor llegue a instalarse definitivamente en el Corazón de Jesús — como paloma en su nido — tiene forzosamente que sentir con el Corazón de Cristo la inquietud acuciante del problema católico de las Misiones de la Iglesia.

«Mi Corazón — decía Jesús al P. Hoyos — será la salvación de todo el mundo». Lo cual quiere decir que, en realidad, el mundo únicamente será vencido por el amor y sólo mediante el amor. Y en esta empresa gigante solamente tendrán parte dos corazones: el Corazón de Jesús y el corazón de sus Misioneros.

Después de todo, al final de la jornada, el Rey del Amor estrechará efusivamente contra su pecho a todas las almas que han avanzado hacia su Corazón en busca ansiosa de luz, de paz, de eucaristía y de salvación.

¡Dios quiera, lector querido, que en esa hora solemne nos encontremos tú y yo — como Misioneros de Jesús — dentro de la encendida y radiante llaga de su adorable Corazón! Entretanto, mientras no llega, trabajemos lo más que podamos porque Jesús sea conocido y amado en todo el mundo.



Pintando Angelitos negros...

Una carretera amplia donde caen a cascadas ardientes los rayos del sol africano. A uno y a otro lado se extiende el «bled» argelino. Marchamos tres aspirantes a Padres Blancos —un suizo, un francés y un español— soñando en nuestras futuras correrías apostólicas por el desierto o por los caprichosos senderos de la selva...

Atrás hemos dejado Sáula y ahora entramos en Birkhadein, —un puñado de casitas blancas con su iglesia y su mezquita—. Frente a frente se alzan la Cruz y la media luna, ambas doradas al sol.

Al entrar en el pueblo, una letanía de frases árabes... Nos ha saludado un viejo musulmán.

Ah halek, labes... (¿Qué tal andas?).

Hamdullah, bejir... (Gracias a Dios, bien).

Men uine enta bejir, ana bejir. (Pues que andas bien, yo también ando bien).

Hamidullah... (¡Gracias a Dios!).

Fil'amen... (¡Dios te guarde!).

Va montado en un viejo camello que marcha con

lentitud. Una bandada de niños —moros y cristianos— juega a la sombra de la mezquita y de la iglesia...

A la salida del pueblo nos detenemos. No es para contemplar un mísero «gurbi», cubierto de rastros y ramas secas de palmera. Es que de una casita blanca —como un castillejo español—, ha salido el aire dulce y varonil de una canción... ¡Una canción española en medio del «bled» argelino...!

¡Radio Sevilla.. Madrid...? ¡No sé!

En un cuaderno de frases árabes apunté los versos que cogí al vuelo:

«Aunque la Virgen sea blanca, píntame angelitos negros que también se van al cielo, todos los negritos buenos...»

Siempre que pintas iglesias, pintas angelitos bellos, pero nunca te acordaste, de pintar un ángel negro...»

Así era el cuadro de aquel día. A muchos kilómetros de España, aquel grito me pareció una invitación... ¡Píntame angelitos negros...!

Tal vez el autor de esta canción tenga que corregir sus versos si lee estas líneas, escritas en Africa... Es que en las iglesias de Africa—iglesitas pobres, perdidas en medio del bosque o del desierto—, un pintor trazó las líneas de unos angelitos negros...

¡Oid la historia, siempre emocionante, siempre nueva...!

Era hacia fines del año 1882. Un día caluroso, una débil piragua cortaba veloz las aguas del lago Victoria-Nyanza. Dos negros remaban fuertemente. Sentados—con una huella de dolor en sus rostros y una sublime esperanza en el corazón—iban tres Misioneros vestidos de blanco. Aún miraban a la costa lejana donde un haz de brazos negros se agitaba, dando tal vez el postrer adiós. Era la primera caravana de Padres Blancos que salía desterrada del corazón de Africa. Sembrando una ruta difícil de jóvenes Misioneros, que caían víctimas del clima, se abrió paso en el bosque, al golpe del hacha y llegaba a Uganda en 1879.

En la Providencia sonó la hora de Uganda. Unos meses solamente y el número de los que rezaban—así llamaban a los cristianos—, era casi infinito. Este aumentar progresivo de los cristianos excitó la desconfianza del rey Mutésa, tanto, que expulsó a los Misioneros... Ya los hemos visto... en aquella débil piragua se alejaron de sus dominios reales. Pasados dos años vuelven sobre el mismo camino. Los llamaba Mwanga, el joven príncipe... Un año de apostolado inmenso y en la naciente Iglesia de Uganda se renuevan los fervores de los primitivos cristianos. Pero también en el corazón del joven príncipe, prenden las llamaradas de la desconfianza que convierte en odio la astucia del primer ministro, (*katikiro* en lengua indígena).

Esta vez, los Misioneros no andarán la vía del exilio, pero verán—heridos por un dolor dramático—que los mejores cristianos son horriblemente martirizados...

¡Veintidós fueron los mártires de Uganda!

Difícil sería dibujar en el marco de este artículo las sublimes proezas de todos estos héroes. Por eso, sólo eligimos uno; un niño de trece a catorce años.

El rey de Uganda recibía para su servicio a los hijos de los negros más notables... eran sus pajes. En número de 500 estaban bajo las órdenes directas de Carlos Lwanga, fervoroso cristiano. El más joven de los pajes era el hijo de Kembugwé, alto dignatario. Era catecúmeno y se llamaba Kizito.

Kizito tenía en su pequeño corazón horror al pecado. Siempre que era llamado por el rey corría a Carlos Lwanga buscando refugio en él. Carlos le ocultaba o le enviaba a alguna Misión fuera de los palacios reales. Se exponía a la muerte, pero quería ser su ángel custodio. Carlos había prometido guardar la inocencia de los pajes a él confiados. El pobre Kizito lloraba de pena al ver su propia situación y exclamaba:

—Un día tendré que elegir entre una vida vergonzosa o una muerte entre tormentos.

Temblaba, pues no había recibido el bautismo y temía desfallecer. ¡Con qué ardor lo pedía...! Iba a la Misión muchas veces y de rodillas lo pedía entre lágrimas y súplicas. Como lloraba amargamente rebusando irse, tenía el Misionero que tomarlo en sus brazos y pasarlo al exterior por una ventana. Carlos le consolaba:

—No te asustes, Kizito, yo siempre estaré a tu lado. ¡Cuando llegue la hora de confesar la religión, tú me cogerás de la mano y moriremos juntos...!

En una atardecida de mayo de 1885 fueron arrestados todos los pajes.

Carlos Lwanga presintió que aquella noche sería la última. Reunió a los catecúmenos más avanzados

y derramó sobre sus frentes de color el agua redentora... Kizito ya era cristiano... ¡Qué alegre estaba...!

Al día siguiente llamaba el rey a sus pajes. Carlos se presentó anunciando que su personal estaba completo. Mwanga gritó con voz de trueno:

—¡Aquellos que no rezan quédense junto a mí... los demás márchense a la empalizada!

A este grito Carlos fué el primero en retirarse. El pequeño Kizito se agarra a su mano, según lo convenido, y ambos se colocan en el lugar indicado. Todos los demás cristianos le siguieron. Eran jóvenes, de trece a veinticinco años. El rey les dirigió una mirada cargada de odio...

—¿Es verdad que vosotros sois cristianos...?

—Sí, señor, es verdad. ¡Nosotros somos cristianos...!

—¿Estáis decididos a continuar siendo cristianos...?

—¡Sí, hasta la muerte...!

Aquellas respuestas que salían a coro de labios sonrientes enfureció al tirano, que gritó enloquecido: —¡Verdugos, matadles...! Y se perdió blasfemando por entre los cañaberales. Había sido pronunciada la sentencia de muerte...

Los pajes serían martirizados en Namugongo, a 60 kilómetros de los palacios del rey. El «katikiro» los ató a todos por el cuello y en una fila lúgubre les hizo recorrer aquella vía dolorosa... Ni una queja, ni un ¡ay! en aquel largo recorrido. Cuando salieron las madres al encuentro de sus hijos, aún los mismos verdugos sintieron ecos de ternura en sus corazones...

—¡Hijos míos, decid que no queréis seguir rezando y seréis salvos...; —y aquel puñado de angelitos negros que más parecían atletas que niños, gritaba:

—¡No, no podemos decir eso... rezaremos hasta



...que esas dos miradas que se cruzan, la de Cristo y la del negrito, prendan en muchos corazones...

IMPORTANTISIMO

El Secretariado de Misiones de la Provincia Eclesiástica Tarraconense—Institución que federa los Secretariados de las ocho Diócesis que tienen a Tarragona por Metrópoli—en la Asamblea ordinaria, celebrada el día 6 de los corrientes, acordó unánimemente designar a la Revista

“Misiones Católicas”

como:

“ORGANO OFICIAL DEL SECRETARIADO DE MISIONES DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA TARRACONENSE”

Con verdadera satisfacción ponemos en conocimiento de nuestros queridos colaboradores y lectores este feliz acuerdo, que distingue y eleva a tan antigua publicación, confiriéndole el alto honor de representar oficialmente a los Secretariados de Misiones de la región catalana.

Nuestro agradecimiento más sincero a todos los componentes de la Asamblea, y nuestras promesas más fervientes de laborar, con el mayor esfuerzo, para la
GRAN OBRA CATOLICA DE LAS MISIONES.

la muerte...; —y las pobres madres paganas se escondían a llorar en las miserables chozas sin comprender aquel lenguaje de los mártires... Alguno salió de entre un platanar ofreciendo agua a sus bocas secas, pero ellos imitaron a Cristo en la Cruz...

— ¡No, no queremos beber como Jesús...!

Así, después de varios días de marcha, llegaron a la colina de Namugongo, oreada por las brisas del lago. El 3 de junio, día de la Ascensión, se levantaron al viento las llamaradas de la gigantesca hoguera. En el valle retumbó el tambor de guerra y su eco se perdió en la selva... Centenares de verdugos pintados de arcilla roja, adornadas sus cabezas de plumas y sus cuerpos de pieles de fieras comenzaron el canto de gloria... Entonces, pálidos y extenuados, avanzaron en fila nuestros pajes cristianos... Uno a uno fueron envueltos en rizados de cañas y lanzados a la hoguera que los recibía en sus brazos rojos...

Los verdugos, en círculo, con los cuchillos en las manos, entonaron la última estrofa de su fiero cantar que rimaron con una danza grotesca...: «No somos nosotros quienes os matamos... Son nuestros dioses... Son Nandé, Mukasa y Kibuka que se vengán de vuestros desprecios...».

Kizito los perdonó con una sonrisa y con sus hermanos voló al cielo. Era una tarde de junio... Las dulces aguas del lago se acercaban tímidas a besar el ara del altar de los primeros mártires negros de la Iglesia... y con su oleaje comenzaron un perpetuo «aleluya» de gloria... ¡Ya hay en la Iglesia angelitos negros!...

Lectores, no conservamos ninguna fotografía de los mártires de Uganda... pero contemplad con atención la de este niño negro... es un pequeño seminarista de Uganda. ¡Con qué ojuelos mira al Crucifijo!... Verdad que aquellos mártires de Uganda serían así... Y ¿por qué no? Kizito sería como este pequeño seminarista y como él, miraría al Crucifijo...

Que esas dos miradas que se cruzan — la de Cristo y la del negrito — prendan en muchos corazones y se abra en ellos la aureola de un infinito afán de apostolado...

J. C. S. — de los Padres Blancos.
Maison - Carrée - Alger - Ajrica.
Fiesta de los mártires de Uganda.



Hindúes quemando montones de cuerpos humanos, muertos por el hambre. Ha sido imposible enterrarlos por lo numeroso de los casos. Nubes enormes de humo se levantan en el cielo de la India de sus pobres muertos.

GLOSA A LA INTENCION MISIONERA

(Julio)

«Que la situación social se resuelva en la India según los principios cristianos»



Con una indiferencia que aterra, el hindú de la derecha, pase sin posar siquiera por curiosidad, una mirada en el cadáver del infeliz compatriota suyo de la izquierda. Como esta escena, se registran a diario en las calles de la India.

Las más luminosas encíclicas de los Romanos Pontífices han tratado de la cuestión social.

La cuestión social es el problema general de todas las políticas. Siempre esta cuestión en todos los países, nacida de las clases menesterosas que con todo derecho reclaman la distribución justa y equitativa de los bienes que crió el Señor para todos los hombres, se ofrece de manera imperativa y constante.

En la India, el problema es enorme, pues a la par que la miseria es espantosa, impera la mayor injusticia social.

Cuatrocientos millones de habitantes, con un porcentaje enorme de hambrientos, desnutridos, miserables, llenos de enfermedades... y a su lado conviven los Rajás, nadando en las más opulentas riquezas, que los tratan y los explotan de la manera más inicua.

De aquí que sean muy corrientes las grandes mortandades ocasionadas por el hambre, y que el hombre del pueblo trabajador, débil y enclenque, lleno de miserias, viva una vida mucho más achacosa y más breve que el trabajador de un país europeo o americano.

Y no hablemos del campesino; la mayoría de ellos trabajan tierras que pertenecen a los príncipes y opulentos, teniendo que pagar unas rentas enormes, tras las cuales no les queda ni para mejorar en toda su vida el bajo nivel en que se encuentran. Aparte de esto, trabajan tierras áridas, costosas, sin métodos modernos de cultivo ni maquinaria y sin abonos que hicieran más fecundas las hectáreas de aquel pobre suelo, que como consecuencia rinde una producción exigua, muchas veces mala, incapaz de sostener a la enorme masa de habitantes del país.

La industria es también pobre, y aunque últimamente se ha intensificado la industrialización, el obre-

ro productor se encuentra en un nivel de vida más bajo aun que el del campesino.

Claro que de por sí el productor indio es indolente, poco amigo del trabajo y despreocupado del ahorro, materializado y muchas veces embrutecido, de aquí se sigue que los salarios son insignificantes, casi insuficientes, para reponer las fuerzas de la jornada, lo cual tampoco es un estimulante para su enmienda y su interés.

A todo esto hay que añadir, y esta es la causa de tantísima población, que la procreación es ley sagrada en la India, y bien sabemos que son muy frecuentes los casos en que la mujer sea madre a los doce años, siendo así que muy mal puede, física y moralmente, atender a sus hijos. El partido del Congreso que actualmente rige los destinos del Indostán y el difunto Gandhi su fundador, propugnaron para retrasar la edad legal para el matrimonio, pero no ha tenido hasta la fecha el éxito que fuera necesario.

El cristianismo, único remedio a tanta desgracia, representa una minoría y no tiene muchas oportunidades para influir socialmente en la vida de la India.

Enorme es su labor, desde luego, y grande es también el salto que ha dado desde que Su Santidad León XIII constituyó la jerarquía.

Recuerde, el lector, aquellas estadísticas que publicamos en nuestras páginas de Monseñor J. L. Carreño; pero sigue siendo una minoría; menos mal que, en la actualidad, pueden ya sus escasos representantes hacer oír su voz en el Parlamento y proclamar los principios sociales que la Iglesia propugna.

Sólo oyendo y siguiendo estos principios podrá lograrse el mejoramiento del proletariado indio.

Dios quiera que sea un hecho.



Un esqueleto viviente que mira con ojos ardientes de hambre. En la India no sólo han escaseado los alimentos sino también la ropa. Ahora la mayor parte de esta gente ha sido enviada a vivir a las pequeñas Villas.

Palabras de Misionero

Ha visitado nuestro domicilio particular el Rdo. P. Ignacio Khalifé, S. I. que tanto conocen nuestros lectores. Sus palabras de agradecimiento y encomio, que no merecemos, nos mueven más y más a publicar los hechos heroicos de esas santas misioneras, de cuyas múltiples necesidades se hace intérprete el Padre. «El comunismo en el Líbano, aunque de ello no hablen las revistas, causa estragos y prepara para el país un mañana de los más sombríos» dice el Padre «La pobreza induce al comunismo, siendo así que la pobreza sólo tiene un remedio la caridad»... «El artículo que sigue mostrará una vez más a los lectores de MISIONES CATÓLICAS cuán difíciles son las condiciones de trabajo en que se encuentran las Religiosas y cuál es su satisfacción de poder hablar al corazón de los españoles, exponiéndoles sus necesidades y confiando en su ayuda y en su socorro. España se ha mostrado siempre dispuesta para defender la Causa de Dios y para extender su Reinado».



Las Escuelas de las Hermanas de los Sagrados Corazones

No lejos de la escuela oficial, poderosa por sus recursos, se encuentran diseminadas en medio de la población musulmana y duita, unas viejas casas, de techo deteriorado, por donde penetra el agua cuando llueve, las cuales albergan algunas religiosas, que sufren tanto por las inclemencias del tiempo como por la falta de espacio. Las Hermanas, sólo pueden ofrecer a sus alumnas dos salitas mal alumbradas y unos bancos viejos. Carecen de todo aquello que constituye el atractivo de las escuelas modernas. Las alumnas, a su vez, no pueden dar casi nada a las que tanto se interesan por ellas. Y sin embargo, hacen falta recursos para que estas religiosas puedan vivir. La divina Providencia provee su sustento.

En algunas aldeas, en Maloula, Nabeck, Yabroud, entre otras, los alumnos les llevan provisiones para pagar su instrucción, pero a veces, la familia encuentra más económico el no enviar al niño a la escuela, y las Hermanas se ven obligadas a arreglarse como pueden. No es de extrañar que la salud se resienta de un régimen de vida tan reducido. No es raro, tampoco, que las malas condiciones del alojamiento agraven la situación. Y así, en 1946, dos jóvenes religiosas (26 y 40 años) tuvieron que abandonar la enseñanza en un intervalo de tres meses debido a una enfermedad originada por la humedad y el frío que se padece en aquella casa.

Actualmente, en Mazza, un pueblo perdido en la

montaña, situado a mil doscientos metros de altura, cubierto de nieve la mayor parte del invierno, las Hermanas habitan una casa que amenaza ruína.

Tal es el cuadro de un gran número de casas de las Religiosas de los Santos Corazones en el Líbano y en Siria.

Sin embargo, a pesar de los peligros a que expone tan extremada pobreza y los actos heroicos que esta misma pobreza suscita, las Hermanas no pueden concebir la idea de tener que abandonar estos puestos, en los cuales permanecen llevando una vida callada y heroica.

Son Misioneras, y en tales condiciones lo son más que nunca. Lo que las alienta, es la esperanza de poder hacer mucho bien en esas desoladas regiones que tan necesitadas se hallan de socorros espirituales.

Sólo Dios sabe el bien que hacen estas escuelas, bien moral, sobre todo, pues si las Hermanas se han aplicado siempre en enseñar a sus alumnas los conocimientos que más conviene a su condición, han consi-

lidad, y el espíritu de familia que reina en la escuela, es admirable.

Su Santidad el Papa Pío XI se interesó mucho por esta fundación; en febrero de 1930 envió a las Hermanas Misioneras su más paternal bendición, alentándolas para perseverar en su obra, y una limosna verdaderamente regia. Este donativo ha servido para comprar un terreno en donde se está construyendo un edificio conveniente.

Las Hermanas no descuidan el mantener relaciones postescolares con las familias de las alumnas. Para esto, en varios centros, se celebran reuniones cada quince días, para las madres jóvenes, y las antiguas se reúnen una vez por semana, ocupándose en enseñarles los deberes de su estado y trabajando para beneficio de los pobres, de las iglesias y de las Misiones.

Existen también las Congregaciones de la Santísima Virgen para mujeres y jóvenes mayores, establecidas con la autorización y bajo la dirección del párroco, pero las Hermanas asumen casi toda la res-

Religiosas Profesas de



los Santos Corazones

derado siempre como primordial el que sean unas verdaderas cristianas, dispuestas para hacer frente a las dificultades de la vida y prestas para cumplir su misión providencial. Este trabajo se encuentra facilitado por el conocimiento del país: su lengua, sus usos y costumbres, las necesidades especiales de la población, que permiten a las Hermanas el dar a las jóvenes libanesas y sirias, una educación adecuada.

En Hama, por ejemplo, ciudad casi totalmente musulmana, las Hermanas, gracias a estas ventajas que les ha concedido la Providencia, tuvieron el honor de ser las primeras en restaurar en la antigua «Epifanía», la vida de los consejos evangélicos, desaparecida casi por completo desde hace catorce siglos.

No han faltado a las Hermanas dificultades y privaciones de toda clase; todo lo han soportado, y lo soportarán, todavía, con valeroso corazón, pensando que ellas siembran y que otros recogerán. Mientras tanto, preparan el terreno para la gracia. Los resultados obtenidos ya, son muy consoladores y en extremo alentadores. Se observa un cambio notable en la menta-

ponsabilidad y todos los cuidados; cada semana, en el día señalado, tiene lugar la reunión; una Hermana la preside; a veces, la Hermana, con gran satisfacción de su auditorio y también del párroco, les hace un breve exhorto, dando consejos prácticos adaptados a las necesidades de las asistentes. Estas Congregaciones florecen por doquier, y son, la experiencia lo demuestra, uno de los más eficaces medios para desarrollar en las familias el espíritu de piedad.

CONCLUSION

Por fin, el total aproximado de niñas que enseñan las Hermanas pasa a la decena de millar, sin contar aquellas que atienden los domingos, y aquellas otras de la obra postescolar:

Este bien que se hace, podría ser multiplicado si las condiciones materiales y los recursos lo permiten. En efecto, ¿no es cierto que al atender las necesidades del cuerpo, se puede alcanzar las del alma sobre todo en la clase pobre? La fundación de dispensarios o de otras obras benéficas es importantísima sobre todo en donde los protestantes y comunistas despliegan una actividad prodigiosa.



La locura de Seward o ¿Cuánto vale Alaska?

por PABLO IGARTUA MENDIA

No quiero hacer ahora una teoría filosófica ni siquiera económica del valor.

Siempre resulta problemática la valoración exacta de cualquier objeto. Al fin y al cabo, es la vida la medida última con la que las cosas quedan tasadas y la vida, que es biografía, cambio de casa, es siempre varia y múltiple. Para uno mismo y para los demás. De ahí que el valor de los seres sea en gran parte subjetivo y llegue a fluctuar constantemente como cambian también las necesidades, las emociones y los caprichos del hombre, ángulos desde los que cotejamos siempre la valía de las cosas.

En el plano de las apreciaciones de los pueblos, pasa algo parecido.

Cada pueblo está injerto en su circunstancia: su cielo, su paisaje, su tipismo peculiar, sus modos de vida ya consuetos y caros, su lengua, su historia, su horizonte también. No es extraño que al valorar desde su observatorio el mundo y, concretamente, los contornos en que vive, su opinión cambie en un todo de la del espectador extraño.

Para el bosquimano, por ejemplo, todo se reduce a que haya charcas donde poder pescar y senderos por los que poder internarse en la selva para cazar. Para el beduino de oriente la tierra viene a ser un infinito pasto de camellos con oasis que le brindan la ocasión de poder robar, rodeado de ciudades donde se adquieren objetos apasionantes. Para los chinos, so-

bre todo para los chinos de ayer, China es el colmo: China es el centro del mundo, y tienen razón; donde se equivocaban era en creer que la tierra toda no era más que una dependencia de su Imperio, lleno de grandes ciudades y plantaciones enormes de trigo, arroz y té, surcado por ríos y caudales que portan sobre sus aguas barcazas y más barcazas, poblado, en fin, de multitudes inmensas que se parecen entre sí como un plátano a otro.

Pero ¿es que toda la geografía del mundo se reduce a un pez, una cuchillada o un solio imperial por más que éste monte sobre el Everest?

Y Alaska, ¿cuánto vale Alaska?

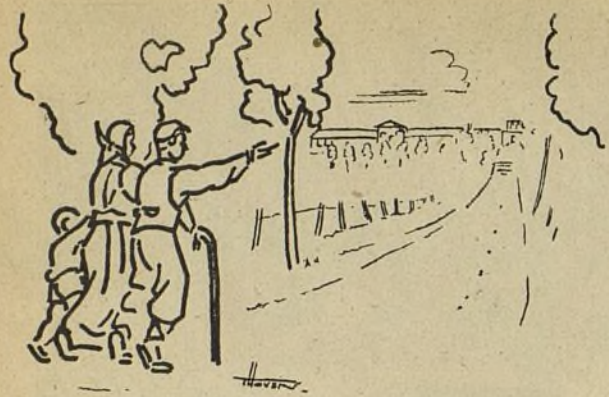
La respuesta es muy sencilla.

Alaska vale lo que se le antoja a cada uno. Y lo que a cada uno se le monta en las neuronas depende casi siempre de los jugos gástricos — química — y de la trompa de Eustaquio — chifladura.

Desde dentro, desde la eterna claraboya alaskaña, la cosa resulta más que natural.

El eskimal no sabe más que de nieves, de renos y nutrias y osos y ratones pardos, de focas y salmones, de patos y *tármigans*, y de aguardiente en el almacén-posada del blanco. El tren que dicen que sube hasta Fairbanks, los autos que a veces ve o el avión tetramotor que cruza sobre su cabeza como un ganso pesado camino de la base norteamericana de Point Barrow, le tienen sin cuidado. No obstante,

(pasa a la página 178)



I
Mañana fresca, embozada
en tenues gasas de niebla.
Sobre el diván del crepúsculo
reposa la madre tierra;
el sol prepara en el sueño
su esplendorosa carrera.

La niebla se hace más blanca,
es muselina de seda.
El horizonte, descubre
su policroma belleza.
Un paisaje dilatado
con hondonadas ligeras
convertido en esmeralda
por sus prados y alamedas.
Los pueblecillos descansan
al socaire, en las laderas,
junto a la vía del tren
y cabe las carreteras,
con blancura deslumbrante
—una blancura de cera—
cual bandada de palomas,
o gavilla de azucenas.
Allá, en azul lontananza,
el horizonte se cierra:
crestería de Aizgorriz,
del Amboto y del Gorbea;
montes que besan las nubes
en imponente cadena,
y cual serpiente anillada
la paz del llano rodean.
¡Bello paisaje alavés,
trazado en mirada abierta,
eres alegre y sincero
como el hijo de tu tierra!

II

Sale el sol, todo se baña
en un tinte purpúreo.
Mar de oro de auroras puras
que despierta los sentidos.
La campiña se va poblando
de un mundo de peregrinos.
Hay ancianos encorvados
y madres con sus hijitos;
todos con la ropa nueva,
la ropa de los domingos.
Una anciana se me acerca,
me dice casi al oído:
—Padre, ¿podré poner pues,
a esta mi nieta en buen sitio?...
Es tan pequeña, la pobre,



y quiere ver un poquito.
—¡Cómo no, buena mujer,
venga por aquí conmigo!—
Y la introduzo en la iglesia;
se queda en un rinconcito.
—Más adelante, señora...—
La siento junto a un amigo.
Y me mira agradecida;
se sonríe, me retiro.
Después, la vi temblorosa,
y con el rostro encendido
mirar, inmóvil, a la Virgen,
lanzar algunos suspiros.
«Esa mirada es de pena»,
me dije para mí mismo.

III

Dan las once, y aparece
Padre Abad con capamagna;
detrás, la Diputación,
su presidente entre mazas.
En la gente hay un murmullo,
se remansan las miradas.
Los acordes de los *chistus*
resbalan dentro del alma:
serenidad de cadencias
íntimas y reposadas,
son las cadencias que oyeron
estas piedras milenarias,
cuando este pueblo alavés
nacía a la Madre Patria.
¡Esta música de antaño,
qué fuerte y alto nos habla!...
Es el hablar de los siglos,
profundo hablar sin palabras.

IV

Un hábito de piedad
perfuma la iglesia opaca;
suben volutas de incienso,
las flores síembran fragancia.
En el coro monacal
la salmodia se desgrana
en recitado uniforme,
cadencias semitonadas.

Comienza el Pontifical
con dignidad reposada,
la penumbra catacumbica
del ábside se desgarran
en fanales de luz suave
sobre el altar proyectada.
Armonía en actitudes
y vestiduras sagradas,
unidad de movimientos,
dulce rigidez hierática,
estética en ceremonias
y recato en las miradas.

Suavidad de melodías,
arpeggios de voces blancas,
saltar de neumas alados
en cadencias gregorianas.

El mar de inmenso gentío
la Basílica rebasa,
prolongándose a lo largo
de la avenida y la campiña.
Un servicio de altavoces,
capta las hondas sagradas
infundiéndolas vigores,
amplitud de cataratas,
y por el ámbito diáfano
con profusión las derraman
para que todo alavés
oiga la voz de llamada
que lanza su Virgencita
en la quietud de las auras,
sobre la mirada abierta
de la ondulante llamada;
para que los aldeanos
puedan rezar desde casa,
desde la *pleza*, en la huerta,
tras la yunta, mientras aran,
mientras siembran las alubias,
mientras recogen la alfalfa.

V

El rosario de la tarde
corona el fin de la fiesta.
Hay plegarias y canciones,
arrullos de voces frescas,
que el coro de los Oblatos
con emoción interpreta.



Ha terminado el rosario,
unos compases de espera,
un silencio impresionante
de esos que en el alma quedan.
La Diputación en pleno
—que el presidente encabeza—
presenta a Santa María
la tradicional ofrenda:
una columna gigante
de cera pura de abejas.
El presidente, de pie,
en actitud de profeta,
desde el presbiterio lee
el documento, que fecha
los religiosos sentires
de la provincia alavés,
cuyo mejor exponente
es la columna de cera,
que alumbrará noche y día
la penumbra de la iglesia
donde la Dulce Señora
monta guardia por su tierra.

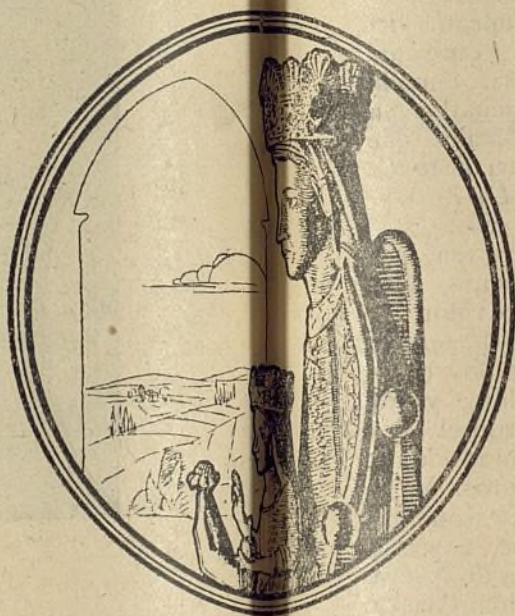
VI

Los últimos cantos mueren,
la procesión se organiza;
rumores de multitudes
agrupadas en dos filas
que musitan oraciones

ESTIBALIZ

El cerro está en romería

por Fr. BENITO TAPIA, O. S. B.



En la primera semana de Mayo, toda la provincia de Alava celebró apoteósicamente las Bodas de Plata de la Coronación canónica de su celestial Patrona Santa María de Estibaliz.

En estas faustas fechas toda la provincia, presidida por las autoridades, se congregó en el venerable Santuario de Estibaliz, sede augusta de su Reina y Señora, joya románica incomparable, custodiada por una Comunidad de monjes benedictinos, que la hacen corte y día noche con el esplendor de su liturgia y de los cantos.

y cantan las Letanias.
Los *chistularis* repiten
seculares melodías.
La espadana lanza al aire
su alabanza, enternecida.
Un eco de cantos dulces
se oye allá en las lejanías;
es el coro de los niños
que canta el «Ave María».
Todo es música: en las almas,
en el bosque, en la campiña.
Con lentitudes serenas
camina la comitiva.
Delante, en dorado trono,
la Virgen Santa María;
al lado, los estandartes
de todas las cofradías,
cual bandada de palomas,
o de azucenas con vida,
lanzando en alas del viento
sus temblores de alegría.
Detrás, monjes cogullados
en actitud recogida,
y después el Padre Abad
con báculo, capa y mitra,
derramando bendiciones...
la gente está de rodillas.

Ya penetró todo el pueblo
en la secular Basílica.
Termina la procesión,



se da a besar la reliquia.
Todos corren presurosos
con actitud de fe viva,
como el sediento a las aguas
en lo alto de la colina;
y todos vuelan contentos
con una dicha infinita.
Es que saben que al besarla
besan a su Virgencita,
que les mira desde el trono
con recatada sonrisa.
Se oye un murmullo de besos,
plegarias en voz sumisa.
A los acordes del órgano
vibran dulces melodías,
vociferar entusiasta,
himnos y plegarias íntimas,
tributos de fe y amor
a la Señora querida...

Pero entre el gentío inmenso
no he visto a la viejecita,
que con su nieta en los brazos
vi en la misa de rodillas.
Y pensé: «¡Pobre mujer!,
estaba casi tullida,
y quizás no haya encontrado
un sostén de mano amiga».
Y meditando esas cosas
Hacia la celda subía.



VII

Al son de los *chistularis*,
baila un grupo de mocitas
frente a la gran escalera
que sube a la portería.
Llevan trajes regionales:
piugos, negras zapatillas,
pañuelos sobre las testas,
jubón sobre la faldilla.
Sus bailes tienen sabor
de costumbres a la antigua.
Son los bailes que bailaron
nuestros padres, en los días
en que su vivir cristiano
vivían con valentía.
De todo su repertorio
el *aurreca* nos fascina.
Sus saltos son prodigiosos,
siempre caen de puntillas,
para volver a saltar
en acrobacia magnífica.
Dan vueltas como tropiecos
sin desviarse una brizna;
un círculo de curiosos
sus movimientos limita.
Se entremezclan, se separan
—movimientos sin malicia—.
Contraen todo su talle,
y pies y manos combinan
para formar un conjunto
de movimiento y de vida,
pero una vida que es arte,
estética y armonía.
Todos miran extasiados,
la emoción es muy subida;
la Diputación en pleno
está en la primera fila.
La gente se va marchando;
falta luz; ya anohece.
La campiña se quedó sola
en quietud de paz ungida...
Entre los últimos grupos
se hacía paso una niña,
miraba a todos los lados,
me miró y al verme, grita:
—Vena, vena, Padec, vena,
y nos traiga la reliquia,
—Pero ¿y dónde está tu abuela?
—En la iglesia metidita,
esperando que usted vaya
para darle la reliquia.—
Y al hablar, juega en su falda,
le tiembla su vocecilla.
Y síe aguardar respuesta
me señala la Basílica,
me coge de la correa,
y me dice:—Vamo, aprisa.

Sola, en un rincón del templo,
reza casi de rodillas,
enteramente no puede,
se apoya en su muletilla.
Está inmóvil, extasiada,
su blanca cara encendida,
sus grandes ojos azules
hacia el altar fijos miran...
Al verme venir, se acerca;

—Padre, Padre, la reliquia.
—¿Para qué, buena mujer?
La he metido en la vitrina.
—Padre, Padre, por favor,
tíe que besarla mi niña—.
Y sus palabras destilan
gotas de pena infinita...
Se la presento, la besa
llorando a lágrima viva,
con un beso prolongado
que romperse no quería...
¡Esoos besos que se dan
pocas veces en la vida!
Después la toma en sus manos,
se la da a su nietecilla:
—Dala un beso por tu madre,
otro por mí, vida mía—.
Al despedirse, me dice
mostrándose agradecida:
—Padre, tome este dinero
para que diga unas misas
por la madre de mi nieta
que murió hace pocos días.
Y al morirse, me encargó,
abrazándose a la niña,
que la subiese a la Virgen
para besar su reliquia,
y la besase dos veces
como ella lo hacía en vida—.
Al terminar, sollozaba
en un desgarrar de angustia,
y al ver llorar a la abuela
lloraba también la niña.

VIII

Se marchó la gente,
se acabó la fiesta.
El cerro, en silencio,
la paz saborea.
Abro la ventana
después de *Completas*,
capto el horizonte
con nostalgia inmensa.
La noche es oscura,
serena, sin niebla,
allá, en lontananza,
duermen las aldeas.
Hay una luz blanca
junto a una floresta,
que a veces se oculta;
es que parpadea.
¿No será la casa
de la anciana aquella?...



(viene de la pág. 175)

Alaska, *Al-ay-ek-sa*, es para ellos la tierra grande, la tierra por antonomasia; y el *eskimal*, el hombre, el verdadero *adán*.

Es, pues, extraño. Pero, por paradoja, el eskimal no parece sentir excesivo afán por su tierra y sus cosas. Cambia de vivienda cuando le place y la estancia donde le viene en ganas sin siquiera marcar su nueva propiedad. A veces su apatía propietaria llega al colmo: ¿Se quema una casa? Pues, ¡que se quemé! Nadie se mueve a matar el fuego; ya lo apagará su dueño si es que lo tiene. ¿Se rompe la soga y la barca tira a brincar río abajo? Ellos se quedan como idiotas mirándola marchar desde la orilla; total, a ellos, ¿qué?

Es gracioso el juicio que al P. Yetté, misionero en Alaska durante 27 años y autor de una inédita «*Historia de Alaska y sus Misiones*», le mereció la mezcla abigarrada de indios, eskimales y blancos, viviendo a su talante en aquel pequeño rincón del mundo: «Alaska — dijo con alegre ironía — es un manicomio sin guardas ni cerrojos, y yo ya no tengo humor para relatar gracias ni sandeces».

Desde fuera, las cosas no se ven tan claras a pesar de la perspectiva. Hay criterios para todos los gustos.

Para algunos, Alaska ha cotizado lo que la aventura o el turismo de los *fiords* y del maravilloso país eje volcánico del *Valle de los diez mil humos*, en la Cordillera aleutiana. Para otros, lo que las pieles de nutria o de castor. En fin, lo que el oro rubio del Klondike cercano, de Fairbanks, Treadwel y Nome. Son modos de ver las cosas churchillianos o, por lo menos, muy humanos y en moda aunque ahora se trate de visitas a España para ver lo que pasa por aquí, y del oro negro de los pozos petrolíferos.

Otros apreciaban Alaska desde otros puntos de vista. Porque, por fortuna, el mundo, y sobre todo el mundo europeo y civilizado, sigue siendo una graciosísima Babel; lo demás, ésto sería un grotesco aburrimiento.

Pues bien, el naturalista Harriman, en su expedición de 1899, logró extraer de aquella enorme muela americana una colección de más de 1.000 especies diversas de mosquitos, que deben ser faraónicos porque durante el verano son allí una nueva plaga. El P. Hubbard, en cambio, no se trajo de Alaska nada más que un fajo de papeles y croquis sobre las características geodésicas, sobre la fauna y flora de numerosos volcanes alaskenses; sólo que se le olvidó el nombre en uno de los picos alaskenses que escaló con tres compañeros del Colegio de Santa Clara, en

California; el *Hubbard* está situado muy cerca del San Elías y se remonta hasta la friolera de los 4,550 metros.

Sin duda que Alaska vale bastante más que todo eso; por lo menos, el doble.

De ahí que el entonces secretario de Estado norteamericano, Sward, la tasara en 7.200,000 dólares. Rusia se la cedió entre risas. Era el año 1867, el 20 de mayo concretamente. Mal debía andarse el suntuoso erario de los Zares rusos y la silueta de Stalin no había asomado aún por la ventanilla lúgubre del transiberiano. La pirueta financiera del diplomático yanqui, un yanqui de la mejor solera con mucho humor y mucha flema, hizo época en los Estados Unidos. En la calle, saltó en seguida el chascarrillo: ¡ah, sí! ¡es la gran locura de Seward!

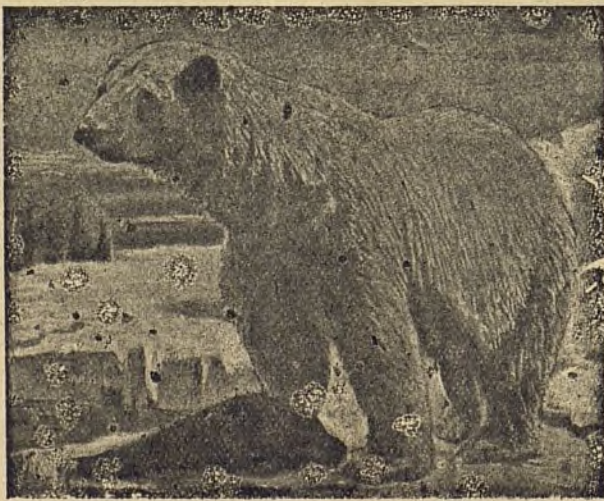
Pero... y ¿el uranio? y ¿el morro espumeante del formidable oso alaskense, barbacana del continente americano ante una posible invasión rusa, lanzada desde los arrecifes de Chuktchen y Kamtchatka, en Siberia, con la trágica aparatosisidad y técnica que L. Engel y S. Piller han vislumbrado en su libro *La guerra de 1950.—Rusia, contra los EE. UU?*

Pero, en definitiva, Alaska vale mucho más.

La sangre de Dios, desde luego. Pero ésa, por excelsa, no sabemos nosotros valorarla apenas, aunque es la única que por sí sola cobra pleno valor.

Alaska vale el crepitar de los hierros del *Marquette* que, al estrellarse, en Kotzebue, desventró los cuerpos de tres héroes, Ralph Wien, el piloto, y los PP. Delón y William F. Walsh. Alaska vale el quedarse frío, muy frío sobre la nieve helada de la tundra, el cadáver de 1, 2, 3, 10 Misioneros. Y, la soledad de todo. Y, la lágrima callada, escondida, de la Hermana Ursulina de Akulurak que, a veces, siente sin querer nostalgia de su casita mona de Nueva York o de la Casa Madre de su Congregación. Alaska vale, a más de los que ya murieron, más de 40 vidas, ofrecidas en plenitud y en desgarró de sus mejores sueños juveniles por la salvación de los 70,000 alaskenses: indios, eskimales y blancos.

Alaska, perdóname lector mi sugerencia dicharachosa, Alaska vale la perra gorda, el real, que dejaste en la bandeja o en la bolsa callejera el último *Domund*. Sí. Pero vale también las 100 pesetas doloridas que otro *Domund* cualquiera depositó en la mesa petitoria de una de las parroquias madrileñas una pobre anciana de los suburbios, gesto que Pilar de Cuadra recogió casi en flor aún en las páginas de *Catolicismo*.



Demasiado Feliz

por J. Lageau



Marido y mujer conversan íntimamente en la galería de su palacio señorial, rica en luz y en comodidades.

El ostenta el título de conde, ella el de duquesa; ella y él pertenecen a la alta nobleza belga; ella y él nobles y amables por su corazón y por su generosidad.

Es reciente su matrimonio: es la continuación de un idilio que comenzó — la mismo que en una leyenda antigua — cuando él soñaba en triunfos militares al coronar sus veintitrés primaveras; y que terminó con la bendición sagrada del Padre que está en los cielos...

Y les agrada saborear tanta dicha, tal vez para retenerla que no se les vaya, tal vez para preguntarse si será posible gozar tanto en este que dicen valle de lágrimas.

— ¡Oh, somos demasiado felices! — exclama ella en un arrebato de gratitud y poniendo fijamente sus ojos en los de su esposo para sondear el efecto que estas palabras le producían.

— Verdad es, — dice él también agradecido. Y queda mirando a su esposa y después repite, despacio:

— Demasiado felices...

— ¿Qué podremos dar a Dios, en acción de gracias por tantas bondades? — le preguntó ella poseída de un sincero sentimiento religioso, y con la seguridad de quien sabe que habla con un alma gemela.

— Le daremos todo lo que podamos — respondió el cristianísimo conde, que no necesitaba de impulsos exteriores para vibrar ante una idea sublime. Y repitió: — Todo lo que podamos, aun el mayor sacrificio.

Le oyó su joven esposa. Le oyó como la heroína que se ve de pronto ante el instante supremo hace días esperado. Y le dijo:

— El mayor sacrificio que podremos ofrecerle es nuestra separación...

Calló un momento como asustada.

Hizo un esfuerzo, recobró su serenidad y prosiguió:

— Nuestra separación para consagrarnos a servirle a El sólo

— ¿Hablas en serio? — le preguntó él, conmovido y respetuoso como ante una santa.

— Sí — dijo ella sencillamente, mientras bajaba la cabeza para que no le descubriese las lágrimas que brillaban en sus ojos.

— Pues si tú lo quieres... yo también... Dios merece mucho más... Y quedaron en silencio. Y los ángeles presentaron este sacrificio en la presencia del Altísimo; y sobre los corazones de aquellos jóvenes descendieron consuelos celestiales y suavísimos; y en la gran ciudad seguían rodando de aquí para allá los automóviles, los placeres, el barro...

Ella ingresó en las carmelitas de Bruselas. El en la congregación Misionera del Sagrado Corazón, llamada vulgarmente de Pic-pus.

Terminados sus estudios, el conde recibió la ordenación sacerdotal del llorado Cardenal Mercier; y en el felicísimo día de su Primera Misa, él mismo recibió los votos solemnes de la que había sido su amada esposa.

Luego, las puertas del claustro se cerraron tras ella, y él tomó el camino de las Misiones africanas. ¡Sólo en el cielo se volverán a ver!

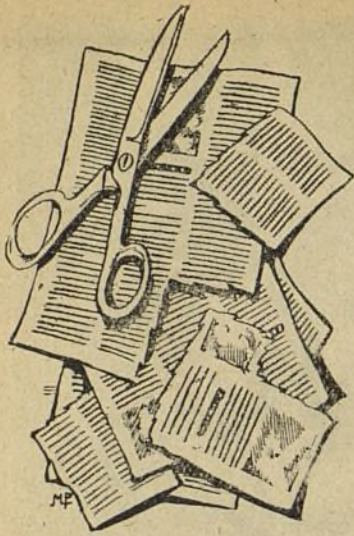
— ¿Es verdad todo eso? Así pregunté al amigo que me refirió este hecho. Y él me contestó:

— Exactamente yo hice la misma pregunta al Padre General de Pic-pus, con quien tuve ocasión de encontrarme en Santander. ¿Es verdad lo que refirieron los periódicos, por ejemplo *La Croix* de París, acerca del Conde belga que dejó su palacio, su esposa, su porvenir...? Y me respondió que todo era rigurosamente histórico, que él mismo había despedido al Conde misionero...

¡Sublime!, ¿no?

¡Ah, cuando se separaron, él tenía 25 años y ella 23!

Jesucristo tuvo héroes en las Catacumbas, los tiene en el siglo XX, siempre los tendrá.



Selección



El confesor del Papa

Roma, 23. (Crónica telegráfica de nuestro corresponsal). — Siervo de siervos es un título que a gran gala flamea sobre la tiara pontificia. La más grande autoridad de la tierra y al propio tiempo el más humilde de los hombres. Por esta humildad, dos veces a la semana, el lunes y el viernes, otro humilde sacerdote, descarnado y pálido, de media estatura y de figura encorvada, cruza las puertas de hierro del Arco de las Campanas, en San Pedro, en un viejo automóvil pintado de negro. A su paso, el piquete de la Guardia Suiza presenta armas, y los funcionarios pontificios, prelados y gendarmes que se encuentran en el breve recorrido de la plaza de Santa María hasta el patio de San Dámaso, al pie de la entrada del palacio apostólico, saludan con el más profundo respeto al humilde sacerdote, en cuya sotana no se advierte ningún signo jerárquico. Ni siquiera es uno de tantos monseñores de Curia del Vaticano. Pero su importancia es grande, aunque todos los católicos del mundo desconozcan su existencia. Es nada menos que el confesor del Papa, se llama el padre Bea, pertenece a la Compañía de Jesús y nació en Munich; va a hacer setenta años.

Ante este humilde sacerdote, el Vicario de Cristo se arrodilla dos veces a la semana con la devoción del último de los creyentes, confesándose y pidiendo inspiración y confortamiento para su alma. En ese momento solemne en que los dos extraordinarios personajes se reúnen en la capilla privada del Pontífice, Pío XII se despoja de su excelsa carga, y mientras el confesor se sienta en una butaca, Su Santidad permanece de rodillas ante él con el augusto rostro entre las manos, hablando ininterrumpidamente de sus afanes, de sus penas y aflicciones, de sus dolores y de las satisfacciones escasas que el mundo le proporciona. Sólo la imaginación de un gran poeta o de un maravilloso pintor podría reflejar la sublime escena. Cuando Pío XII termina, una voz suave, la del padre espiritual, brota como una fuente purísima para con-

fortar y consolar el ánimo bendita que Dios ha puesto en su representación ante la más terrible y angustiosa época de la Historia.

El padre Bea, cumplida su misión, sale del palacio apostólico y vuelve a cruzar en el viejo automóvil vaticano el Arco de las Campanas, para tornar a la humilde celda del Instituto Bíblico, anexo a la Pontificia Universidad Gregoriana, donde habita. Hombre de extraordinario talento, de vastísima cultura y profundamente conocedor del corazón humano, fuera de estas dos salidas para confesar a Su Santidad, no se mueve de su retiro, donde, aislado, estudia y busca con ansia preciosos documentos históricos. Ya desde muchos años, sus oídos atienden las confidencias de Eugenio Pacelli. Pero su emoción inenarrable debió ser el primer día que Eugenio Pacelli se reclinó ante él después de la gloria de su consagración como Pontífice Máximo y Vicario de Cristo en la tierra. Aunque el Padre de la Cristiandad no era más que el siervo de los siervos de Dios, la ascética figura del Padre Bea no pudo reprimir unas lágrimas que amenazaron escaparse y que le habían brotado del corazón en una emotiva congoja de bienaventuranza.

(De A. B. C.). MAQUJA CUEVAS (40')

Resucitando "muertos"

El doctor V. Nogowki afirma que en determinadas circunstancias los

muertos pueden recuperar la vida. Según dice, ha realizado varios experimentos que hacen concebir la esperanza de que en un futuro próximo muchas muertes producidas por accidentes, en que el pulso ha dejado de latir, no habrá que considerarlas como muertes definitivas.

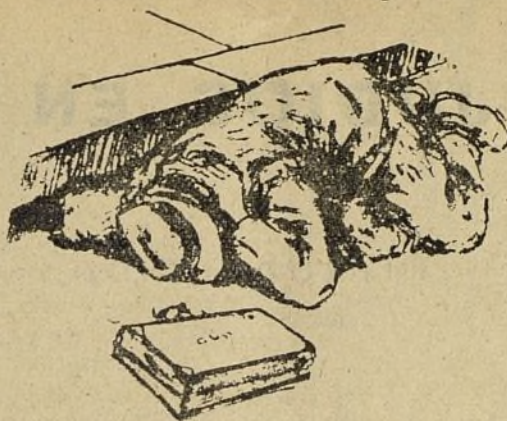
Los experimentos hechos con soldados, según el doctor, demuestran que la misión del médico, consiste en tratar energicamente a los pacientes, que hasta ahora eran considerados como muertos, cuando todavía no haya transcurrido más que un lapso de tiempo entre la vida y lo que hemos venido en denominar «muerte». Este período, que llama «estado agónico», sólo dura seis o siete minutos después de haber llegado el paciente a ese momento que se ha denominado muerte y que habrá que llamar en lo sucesivo «muerte clínica».

Agrega el profesor Negowki, que podemos considerar hoy como establecido, que la muerte del organismo no se manifiesta siempre por la suspensión súbita y aparente de la vida. Incluso después de haber cesado los movimientos respiratorios y los del corazón, el médico no debe desistir de sus tentativas de reanimación, especialmente en los casos de muerte repentina. La lucha es difícil, pero no desesperada. En muchos casos un corazón que ha dejado de latir puede volver a funcionar, y se puede igualmente restablecer la respiración, aunque esto sea más difícil, así como las otras funciones orgánicas.

Estima el doctor, que durante el período de «muerte clínica» los órganos y los tejidos no sufren trastornos irreparables. La «muerte clínica», no es pues, más que una simple expresión cualitativa del proceso de la muerte. En muchos casos el paso del período de la vida a la muerte, puede ser detenido en ese período. Cualquiera que sea la causa del estado agónico o de la «muerte clínica», el decaimiento de la respiración y el de la circulación de la sangre son los principales síntomas que, de no ser detenidos, producirían la muerte del organismo.

Cuenta también que, después de hacer sus experiencias, con animales, se

trasladó al frente de combate y logró reanimar a muchos hombres que se da-



ban por muertos gracias a transfusiones arteriovenosas de sangre con una adición de epinefrina, extracto de supravenal y de glucosa, combinadas con una enérgica respiración artificial.

Claro está que no todos tenemos a mano un doctor como el profesor Negowki y todavía no estamos en condiciones de hablar cuando nos han dado por muertos, aunque sólo seamos «muertos clínicos». Y es lástima, porque nosotros, mejor que nadie, podíamos decir al facultativo:

—¡Eh, doctor! No extienda el certificado de defunción todavía.

(Tomado de «ACIES») D. BOADA (30')

P A S A T I E M P O S . . .

Final del gran Concurso B - 1948

Terminada la prórroga concedida, la puntuación de los concursantes es como sigue:

M. M. ^a Angeles Alonso. (RR. Esclavas. Palencia). 5-3-3=11	Fr. Miguel Manrique. (P. ^o Filipinos, 7. Valladolid). 4-5-4=13
Fermin Gómez Vigide. (Asorey. Pontevedra). 5-5-3=13	Ramón Tapia. (Calatrava, 40. Madrid). . . -4- = 4
P. Marcelino Cabeza. (PP. Redentoristas. Astorga). 5 = 5	Enrique García Serrano. (Calle Toledo, 147. Madrid). 3'5-4-3=10'5
P. José Cruz. (PP. Franciscanos. Santiago) 5-4-3=12	Mari Carmen Rojas. (Calatrava, 35. Madrid). 3'5-4-3=10'5
Avelina Miguel. (Hostafranchs. Barcelona). 5-4-3=12	Maruja Cuevas. (P. ^o de las Delicias, 145. Madrid). 3'5-4-3=10'5
Blas Vizcarro. (Benicarló). . . . 5-5-3=13	Jaimé Gonzálbez. (c/. Marvá, 21. Valencia). 2-1'50-3=6'5
Jesús Vazquez. (Sto. D. de la Calzada. Logroño). 5 = 5	Juán Manuel Font. (Castellón). . . . 4-5-3=12
F. M. María (Sto. D. de la Calzada. Logroño). 5-4'5 =9'5	Domingo Condado. (Asociación Misional Claretiana. Zafra). 4-4'5-3=11'5
Teodomiro Fuentes. (id. de id.). 5 = 5	Eusebio Estéban. (Aguila, 30. Madrid). 3'5- -3=6'5
Luis Bosch. (Col. Solesiano. Gerona). . 5 = 5	Angel S. Torras. (Tinería, 4. 2. ^o Lugo). 4'5-4'5-3=12
Emiliano Alvarado. San Roque, 1. (Sto. D. de la Calzada. Logroño). 5-4'5 =9'5	Gregorio Fuentes. (Colegio de Misioneros Zafra. (Badajoz). 4'5-3-3=10'5
Julia Cuevas. (Aurora, 25. Madrid). . . -4- = 4	José M. ^a L. Mapa. (Av. del Rosario, 43. Zafra. (Badajoz). 5-4-3=12
Juán Espejo Gómez. (Seminario San Pelagio. Córdoba). 4-3'5-3=10'5	

Siendo esta clasificación la definitiva y quedando excluidas cuantas otras soluciones lleguen con posterioridad, los ganadores con igualdad de puntos, son:

D. Fermín Gómez Vigide — D. Blas Vizcarro — Fr. Miguel Manrique

Efectuado un escrupuloso sorteo entre estos tres señores, ha resultado ganador:

D. FERMIN GOMEZ VIGIDE

LAHÍN - GOLETA — ASOREY (PONTEVEDRA)

a quien felicitamos, y a cuya disposición tenemos las 200 pesetas.

Para D. BLAS VIZCARRO y Fr. MIGUEL MANRIQUE, les reservamos sendos accésits de 25 pesetas, a cobrar en libros.

Efectuado el recuento y la concesión del premio en, Barcelona (Redacción de «MISIONES CATÓLICAS»), a 14 de Julio de 1948.

SOLUCIONES A LOS 15 TEMAS: 1) Nueve; 2) Diego de Velázquez; 3) De Granada; 4) Una copia está hecha a mano y una reproducción en imprenta; 5) Gobernador de una provincia de la India; 6) Domingo Theotocópuli; 7) Sarasate; 8) Diamante labrado por un lado y plano por el otro; 9) El voto del silencio; 10) Diamante grande que tiene la corona inglesa; 11)

Elbruz; 12) En Himalaya (Tibet); 13) $\frac{1}{120}$ de la milla de 1,852 metros, 14'6 metros, o una milla náutica 1,855 metros; 14) 170; 15) México (En la pregunta 15 se sufrió el siguiente error: se puso Colman por Acolman). El texto de preguntas y respuestas pertenece a la obra del Profesor Prat Montero, titulada: ¿Sabe usted contestar?

Seguirán, próximamente, nuevos e importantísimos Concursos

ARABES Y JUDIOS EN PALESTINA

INTRODUCCION

Palestina encrucijada de los pueblos.

La lucha fría y tenaz que viene ensombreciendo desde hace muchos años, los campos y las ciudades de Palestina, se ha convertido en nuestros días en una guerra declarada, de difícil pronóstico, en la que las más modernas y mortíferas armas tratan de decidir la hegemonía sobre aquella región, cuna de la Cristiandad, desde la que el Hijo del Hombre, Cristo Nuestro Señor, predicó las sublimes enseñanzas de su Evangelio de paz y de amor, y en la que sufrió dolorosísima pasión y muerte — muerte en la Cruz — para la salvación de todos los hombres.

Desde aquella fecha, señalada en los anales de los tiempos como la más trágica y al propio tiempo como la más gloriosa de la historia del mundo, Palestina ha venido a ser la encrucijada de los pueblos. Allí se han dado cita, atraídas por el misterio inmenso, por el drama sangriento, que sobre su suelo se desarrolló, las razas más diversas; allí han acudido en tropel, gentes venidas de Oriente y de Occidente, del Septentrión y del Mediodía; por ella han suspirado noche y día, los descendientes de quienes pidieron, entre imprecaciones e injurias, que la sangre del Justo cayera sobre sí y sobre sus hijos; por ella han sufrido penalidades y sufrimientos, héroes esforzados de la Cristiandad, tratando de arrancar de las manos de los infieles y de los herejes, los lugares santificados por la presencia del Redentor.

Palestina, reliquia incomparable del mundo católico, se ha visto cruelmente azotada por las incursiones devastadoras de ejércitos inmensos, que, no muy conscientes tal vez de sus verdaderos propósitos, pusieron en su conquista sus máximos afanes, como si en la posesión del Sepulcro del Señor cifrasen sus mayores galardones y sus más preciados laureles. Y la Tierra Santa, patrimonio exclusivo de la Catolicidad, ha tenido que sufrir el dominio de pueblos no cristianos, hasta llegar al actual estado de incertidumbre y desasosiego, del que han sido causa principal extraños intereses y tenebrosos designios, ocultados arteramente en la astucia y la doblez.

¿Hasta cuándo va a ser Palestina víctima escogida de las ambiciones humanas y centro de rencillas y de odios? ¿Hasta cuándo no resplandecerá sobre su bendita tierra, la paz de Dios? ¿Hasta cuándo no verá reconocido el pueblo fiel, sus derechos preferentes sobre sus sagrados lugares?

Los derechos de la Cristiandad.

Dos pueblos tratan en estos momentos de imponer su ley sobre Palestina. Arabes y judíos se afanan en dirimir con la fuerza de las armas, su supremacía; al tiempo que, unos y otros, alegan razones diversas para acreditar la legitimidad de su actitud y la necesidad de adoptar severas medidas para proteger sus reivindicaciones.

¿Arabes? ¿Judíos? ¿Quiénes tienen mejor derecho? Sin que nuestra intención sea la de dar una respuesta definitiva, parece indudable que los árabes

tienen a su favor la permanencia indiscutible, durante siglos enteros, en aquel territorio, y este solo hecho constituye, humanamente hablando, un solidísimo argumento que les favorece en alto grado. Los judíos se limitan a alegar que Palestina había sido, en un tiempo ya muy lejano, su patria, por lo que exigen su entrega con objeto de que algunos puedan fundar un nuevo y poderoso Estado. Argumento muy endeble el suyo, porque si admitiese como bueno, ¿qué nación podría dar por definitivas sus fronteras, y qué pueblo podría considerar como absolutamente suyas las regiones a las que están más íntimamente unidas sus tradiciones y sus pasadas glorias?

Sin embargo, hondos y potentes intereses — no siempre materiales — entran en juego en la disputa, y así vemos como las grandes potencias toman partido en la cuestión, alineándose, activa o pasivamente, con alguna de las partes contendientes, poniendo incluso en peligro el débil *statu quo* en que se apoya este atormentado período de la postguerra.

Solamente la primera potencia espiritual del mundo; la única que posee autoridad suficiente para decidir de un modo definitivo el problema; la única que tiene fundamentos jurídicos y morales irrefutables para exigir el reconocimiento expreso de todos los pueblos del planeta, a sus indiscutibles derechos sobre la tierra santificada por la presencia real de su divino Fundador; la única capaz de solucionar tan espinoso conflicto, sin la amenaza de derivaciones sangrientas y los peligros de más dilatadas conflagraciones; ésta, decimos, ha sido apartada del litigio, como si la luz esplendente que de ella se irradia, contrariase los objetivos de los poderosos. La Iglesia de Cristo es olvidada o despreciada por los súbditos del reino de las tinieblas, que en las sombras más densas de la incredulidad y del odio, maquinan sus planes al servicio de sus diabólicos designios.

¿Arabes? ¿Judíos? Veamos en una rápida visión, las alegaciones históricas y políticas que invocan ambos pueblos al intentar justificar su posición actual en relación a Palestina. Así nos será más fácil comprender, o adivinar al menos, algunas intenciones remotas desconocidas por gran parte de lectores, preocupados primordialmente por una actualidad de última hora, a los que escapan sin querer antecedentes y hechos reveladores que se pierden con facilidad entre la maraña de los acontecimientos sensacionalistas, es decir, por regla general, menos significativos.

Después de este brevísimo y modesto estudio podrá aparecer tal vez — esta es nuestra intención — con toda su luminosidad y con toda su grandeza, la firme posición del Cristianismo, que a través de los siglos y de sangrientas convulsiones, ha permanecido siempre presente en Tierra Santa, defendiendo con firmeza heroica los tesoros espirituales y materiales que sólo a ella pertenecen, y reivindicando, hora tras hora, y siglo tras siglo, los lugares sagrados que le fueron arrebatados en momentos difíciles, por la violencia brutal de fuerzas extrañas, o profanados por la invasión de un paganismo que trata de imponerse bajo el pretexto de un falso progreso o de una inmoderada felicidad terrena.

LOS ARABES Y PALESTINA

Los musulmanes se apoderan de Jerusalén.

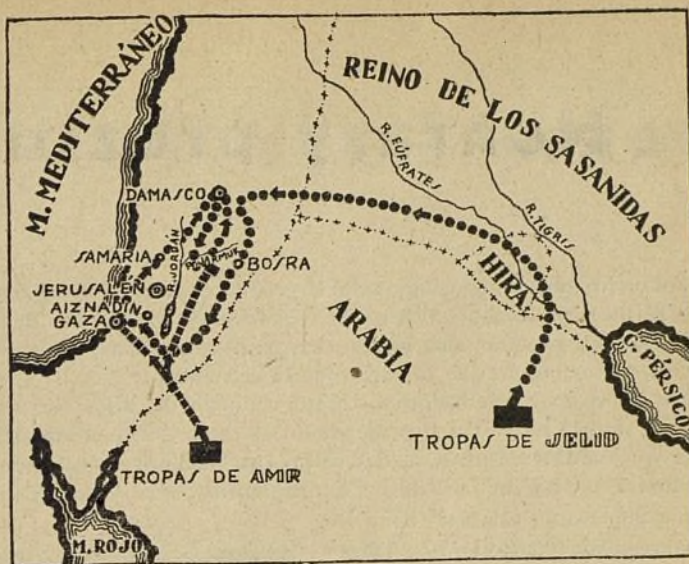
En el año 633 de la Era Cristiana, pocos meses después de la muerte de Mahoma, los ejércitos de Abu-Beker avanzaban desde la península arábiga hacia el Norte, dispuestos a caer como un alud sobre Siria y Palestina.

La conquista de estas regiones había sido el sueño dorado del difunto cabecilla, y ahora su sucesor se disponía a cumplir su postrer mandato. Dichos países se hallaban entonces en poder de los bizantinos, que poco tiempo ha las habían recuperado de manos de los persas; pero los soldados de Abu-Beker, aunque iban a enfrentarse con las armas de Bizancio, tenían puesta toda su confianza en una muy probable acogida amistosa por parte de los habitantes de aquellas tierras, que no en balde descendían, en gran número, de los nómadas del desierto. La comunidad de raza y de lengua entre los invasores y las poblaciones invadidas, facilitaba considerablemente los planes de los mahometanos.

Las fuerzas musulmanas tomaron muy pronto dos direcciones diversas. Un núcleo importantísimo de tropas, al mando de Iyad y de Jalid, se dirigieron contra Mesopotamia, marchando rápidamente hacia el Eufrates. Las otras, dirigida por Amr, se encaminaron a las fronteras del Imperio Bizantino, traspasándolas con facilidad y apoderándose de Gaza, al tiempo que el ala derecha de sus columnas alcanzaba penosamente las cercanías del río Yarmuk — afluente del Jordán —, donde tropezaron con la fuerte defensa de los bizantinos, mandados por Teodoro, hermano del Emperador Heraclio.

Amr vióse obligado a paralizar la ofensiva, y urgentemente solicitó de Abu-Beker el envío de grandes refuerzos para poder romper las líneas bizantinas. Hasta aquel instante, Jalid había logrado en el frente oriental, notables éxitos, pero la importancia que el mundo musulmán concedía a la conquista de Palestina, obligó a Jalid a suspender su campaña y a tomar con sus huestes el camino de Siria.

Desde el Eúfrates, Jalid llega a las cercanías de Damasco, sin intentar siquiera entrar en ella, y en rápido viraje cambia su marcha hacia el Sur; se apodera de Bosra, rodea el Mar Muerto y penetra en Judea, logrando la victoria de Aznadin. Dos años después — en



el 634 —, árabes y bizantinos libran una decisiva batalla a orillas del Yarmuk, ganada por los primeros, y a consecuencia de la cual quedan prácticamente dueños de toda Palestina.

La suerte estaba echada. Jerusalén iba a conocer de nuevo los horrores del asedio; esta vez por los secuaces de Abu-Obeidah, a las órdenes directas del califa Omar. Tras larga y penosa lucha, el patriarca Sofronio pacta con el invasor, y Omar puede penetrar en el año 638 en la Ciudad Santa. El primer impulso del Califa, le dirige a las ruínas del antiguo templo, entre cuyas piedras se arrodilla y ora. Inmediatamente ordena que sobre aquellos cimientos se construya una mezquita que habrá de llevar su nombre. « ¡ En verdad — exclama Sofronio — esta es la abominación de la desolación en el lugar santo, profetizada por Daniel! » Palabras que sintetizan mejor que cualquier explicación, la angustia que se apoderó del corazón de los cristianos ante los proyectos de los nuevos conquistadores.

Palestina quedaba definitivamente sujeta — salvo un período brevísimo en la época de las Cruzadas — en manos de los musulmanes. En esta situación ha permanecido hasta los primeros lustros del presente siglo.

JOSE-ORIOI CUFFI CANADELL.

(Continuará.)

Detalles de la conversión de los hijos de Martín Bormann

Siete de los ocho hijos de Martín Bormann, lugarteniente de Hitler y enemigo declarado de la Iglesia, se han hecho católicos. El octavo está meditando el asunto todavía. El joven de 18 años, Adolfo, piensa ser sacerdote misionero y se está preparando en el colegio católico de Ingolstadt, en Baviera, y es uno de los mejores discípulos de religión. Al terminar la guerra estaba en una escuela nazi en Starnberg y con un grupo de tropas S. S. escapó a Austria, pero los soldados le dejaron en una granja del Tirol. « Un día cogí un folleto que había en la salita de mi nueva casa, y era católico; lo leí porque no había otra cosa. Me despertó interés y pensé si todo lo que me habían enseñado sobre el catolicismo mis maestros nazis no era una distorsión de los hechos ». Con frecuencia se le ve al joven Bormann en la capilla tan temprano como las cinco de la mañana y a altas horas de la noche, orando con extraordinario fervor. Después visitó un centro de peregrinaciones de allí cerca de los

Padres del Sagrado Corazón, habló con ellos y decidió abrazar su fe. Todos sus hermanos, por propia iniciativa, excepto uno que todavía está ponderando el asunto, se hicieron también católicos. Son cuatro chicas y cuatro muchachos; dos más habían ya muerto.

Al terminar la guerra, su madre se refugió en su casa veraniega de Meran, en el Tirol. Habiendo caído enferma, fué llevada al hospital militar alemán de la ciudad, donde conoció al capellán Padre Schmidt, actual párroco del suburbio berlinés de Neukoolin. Había también un pastor protestante, pero, a pesar de profesar ella esa secta, al verse grave pidió ser asistida por el sacerdote católico, a quien recomendó que cuidase de sus hijos, ya que les faltaba el padre y no había nadie más que los pudiera amparar. Así lo hizo el P. Schmidt, sin hacer intentos de convertirlos en modo alguno al catolicismo. Ellos lo han hecho por propia convicción y plena libertad.

Honra y prez de Borjas Blancas

Sobre los ubérrimos campos de Urgel, entre huertas y campiñas fértiles, se levanta, altiva y mayestática, la ciudad de Borjas Blancas, ciñendo sus sienas cual regia diadema, el áureo néctar de los bosques de olivares que la circundan.

De su rico acervo histórico, de su catálogo de hijos ilustres que el siglo XIX dió a luz, marcando el cénit de su prodigalidad y fecundidad espiritual, descuella, cual lumbrera refulgente, la figura ínclita de la Rdma. Madre María Serra Olcos, Tercera Superiora General de la Congregación de Religiosas Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora, muerta el 20 de octubre de 1921, aureolada con el bálsamo sublime de la santidad.

Es cierto, que los pueblos todos, quieren prodigios en su cuna y se congratulan cuando por designio providencial ven d'scurrir en el curso de su historia, días grávidos y gloriosos, que en la posteridad se truecan en otras tantas páginas inscritas con fulgores diamantinos y con luceros.

Tal es, para Borjas blancas, el 24 de febrero de 1850.

Pues es de saber que en dicho día y en aquella hora vaga en que las sombras dudosas luchan con el primer albor incierto, nació en cristiana y humildísima cuna sita en la añeja calle Castillo Bajo, número 13, de la entonces villa de las Borjas Blancas, la sierva de Dios Madre María Serra Olcos. Este acontecimiento inaudito para el futuro, no trascendió entonces más allá de la intimidad hogareña del venturoso ser. En el mismo día, el agua purificadora del Bautismo bañó la frente de la nueva neófita bajo el nombre de Josefa Teresa.

Al posar por vez primera ante el objetivo de MISIONES CATÓLICAS su semblanza biográfica, nos proponemos evocar en síntesis sus rasgos más característicos; y puesto que en aquende y allende los mares cunde la nostalgia de su glorificación, sería absurdo que nuestra Patria, cantera inagotable y vivero exuberante de místicos y ascetas, restara opaca ante los fulgores de santidad de nuestra ilustre compatriota.

Si en el germen está toda la esencia, toda la vitalidad de la planta, y la cuna no es sino el vivero del frondoso árbol de después, presentiremos sin engaño acerca de los destinos glo-

riosos que le esperan, como fruto sazonado y maduro de aquel caudal hereditario de sus padres, caudal de virtudes cristianas forjadas en el yunque de su rancio catolicismo, y que ya en los años de su infancia temple en el crisol de su sólida piedad.

Mas ahora, busquémosla confundida bajo el niveo y tosco sayal franciscano, en la naciente Congregación religiosa fundada por la sierva de Dios Madre María Ana Moragas Fontcuberta, oriunda también de nuestro Principado catalán.

El brillo de sus virtudes en grado sumo, vuelcan sobre sí el clamor unánime del Capítulo, para encumbrarla al cargo de Superiora General de dicha Congregación, no obstante sus forcejeos para eludir con humildad sublime, su aceptación.

Tras una larga vida de prodiga ejemplaridad franciscana, llena de merecimientos y virtudes, exhaló el último suspiro plácida y santamente en Madrid, a los 72 años de edad. De un legajo de documentos que tenemos en nuestro poder, entresacamos a propósito el siguiente hecho: «Una madre, acongojada por la dolencia de su hija que tenía una pierna toda ulcerosa, cogió una flor de las que adornaban su cadáver; la puso en agua, y luego con la misma, lavó la parte enferma; cuál no fué la sorpresa de aquella buena madre al ver al día siguiente la pierna de su hija completamente sana».

Un deber de justicia, obliga a analizar las excepcionales virtudes de nuestra ilustre compatriota. El aislamiento con el extranjero provocado por la reciente guerra mundial, y de donde debían remitir valiosos antecedentes, ha demorado sensiblemente los trámites preliminares. Sin embargo, actualmente en Madrid se instruyen las oportunas diligencias para incoar su proceso de

beatificación. Con esta nueva sorprendente, Borjas Blancas se congratula con la ilustre Congregación. A ambas les cabe el alto honor de promoverlo.

Entretanto, con el Divino beneplácito, auguramos ver enaltecida a la gloria de los altares a la Rdma. Madre Serra, que con singular relieve tanto honra a su ciudad natal y con ella a la diócesis ilerdense.

JOSE M. FARRE.



La Sierva de Dios Madre María Serra Olcos

TRANSPORTES
J O S A

Carretera de Lérida núm. 81
BORJAS BLANCAS (Lérida)

Tarridas y Vives, S. L.
FABRICA DE GENEROS DE PUNTO

José Antonio, 51 - Tel. 37 - SAN POL DE MAR

La Iglesia Parroquial de Borjas Blancas

Por referencias dignas de fe, consta que la primitiva iglesia parroquial ocupaba parte del solar de la actual, rodeada por el antiguo cementerio, como era costumbre en la Edad Media, lo que indica que su construcción, de reducidas dimensiones, se remonta a la fundación de la población, cuyo origen data del siglo XII.

El paulatino desarrollo del pueblo, incrementado extraordinariamente durante la pasada centuria, y con el consiguiente aumento del censo de la población, obligó a pensar que la pequeña iglesia resultaba exigua e insuficiente a los fines del culto. Pronto se advirtió la necesidad de edificar otro templo de mayores dimensiones y adaptado a las necesidades del servicio divino, con lo que se diera cumplida satisfacción a las exigencias, que la importancia, cada día más en auge de la parroquia, requería.

La idea de substituir el primitivo templo por el actual, se llevó a cabo hacia la segunda mitad del siglo XVIII.

La iglesia, de estilo renacimiento, está compuesta de una sola nave, con sus capillas laterales y altar mayor al fondo, formando su estructura general una cruz latina. Artísticamente no se le considera ningún valor, hecha excepción de su fachada construida de piedra pulimentada, en la que se destaca el dintel del soberbio pórtico, de notable valor arquitectónico, con sus hornacinas intercolumniales, simulando acobijo a las estatuas de los santos apóstoles y titulares de la parroquia, que parecen convidar a los fieles a entrar en la casa de Dios, bajo la glorificación de María, coronando el arco.

Conste que nos referimos a antes del incendio del templo, ya que la revolución, con furor satánico, hizo añicos las imágenes.

Otro detalle digno de consideración, es el escudo de la Ciudad, trabajo de delicada ejecución, el cual gracias a la pericia de los restauradores del templo, ha sido posible salvarlo.

En la parte inferior, y con caracteres casi imperceptibles, aparece escrita con relieve la frase:

«SOLI DEO HONOR ET GLORIA»

El esbelto campanario, de forma octogonal con sus grandes ventanales y galería, tiene un aspecto majestuoso y evocador. Lo remata la cruz, a la que sirve de pedestal un potente faro, que en las noches sin luz rutila hacia los confines cual guía

confidencial de los caminantes extraviados. ¡Pero, oh paradoja! ¡Qué feliz coincidencia! — ¿No es la misma Iglesia, como cuerpo docente, un faro luminoso que con la luz refulgente de sus divinas enseñanzas nos guía en la noche oscura de las vicisitudes de la vida humana, por el camino que nos ha de conducir al puerto seguro de salvación?

Por no ser prolijo, dejamos de enumerar otros detalles del exterior, por lo que penetramos al recinto del templo con el propósito de escribir a grandes rasgos, lo que súbitamente capta la atención del visitante. La suntuosidad de la iglesia con sus es-

beltas bóvedas, al fondo la hermosa concha del ábside del presbiterio, y luego la majestuosidad del cimborio con sus mensulas y cornisas de fina ejecución, forman un conjunto impresionante.

Llegó la revolución de 1936 con sus trágicos efectos y lo que hasta entonces, sólo había sido presa codiciada y blanco de los ultrajes de los sin Dios, pronto fué objeto de su más vil complacencia.

La turba revolucionaria, dando riendo suelta a sus instintos más exacerbados, acercó la tea incendiaria a nuestro templo, consciente de la acción sacrilega que iba a cometer.

¡Triste 24 de julio de 1936, que amaneciste alumbrando el cielo con los resplandores de nuestra iglesia en llamas! Los que fuimos testigos del trágico fin de nuestro templo, contemplábamos impotentes con lágrimas en los ojos, el deplorable espectáculo. Desde todas partes se veían las llamaradas y la humareda del incendio, confirmando el triunfo temporal de la revolución. Todo resultó calcinado.

Pero de aquel montón de ruinas, por efectos de la adopción de la ciudad por S. E. el Jefe de Estado, surgió la restauración del templo, bellamente reconstruido por Regiones Devastadas. Las obras, iniciadas el 23 de julio de 1941, tras un largo

y laborioso proceso de reconstrucción, fueron felizmente terminadas en las vísperas del *Corpus Christi* del año 1946. En aquella festividad, fecha histórica en los anales religiosos de Borjas Blancas, fué solemnemente reconciliada y abierta al culto la iglesia parroquial, por el Excmo. y Rdm. P. Matías Solá Farrell, obispo titular del Colofón, por delegación del prelado diocesano.

Desde entonces, el templo parroquial de Borjas Blancas, esbelto y majestuoso, de severas y elegantes líneas, vuelve de nuevo a irradiar la luz refulgente de las enseñanzas de Cristo.

J. M. F.



Iglesia Parroquial. Frontispicio y escalinata de acceso

M A D E R A S

VIMEL, S. L.

S O L S O N A

FABRICA DE HARINAS

LA CONCEPCION

S O L S O N A

NOGAT EL MEJOR MATARRATAS



De venta en todas las FARMACIAS y DROGUERIAS al precio de ptas. 15'50 la caja de 25 sobres y a 0'75 el sobre suelto.

PRODUCTO DEL LABORATORIO SOKATARG, S. A.

Calle Ter, 16
BARCELONA

NOTA: Mandando este anuncio al Laboratorio le enviaremos gratuitamente un interesante folleto.

E. SALADICH

PIEDRA ARTIFICIAL - FACHADAS - CEMENTO ARMADO - GRANDES CONSTRUCCIONES - ESCALERAS - MÁRMOLES ARTIFICIALES - CONSTRUCCIONES RELIGIOSAS - VIGAS - TUBERIAS DEPÓSITOS Y LAVADEROS DE GRAN CAPACIDAD - PROYECTOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

TALLER:
Alsina Amils, 14 - 2.º

DESPACHO:
Arrabal del Carmen, 111
TARRAGA (Lérida)

INDUSTRIAS RIERA - MARSÁ

Productos Alimenticios

Hipólito Lázaro, 21-25 - Tel. 51571 - BARCELONA

Cementos y Cales FREIXA, S. A.

Fábrica en MONJOS (Barcelona)
Oficina, Avda J. A. Primo de Rivera, 628 pral.
Teléfono 13024 - BARCELONA

J. G.

BARCELONA

IBERICA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA INFORMATIVA DEL PROGRESO DE LAS CIENCIAS Y DE SUS APLICACIONES
Palau, 3 BARCELONA - Apartado 759

Propague Vd. sus productos y especialidades por medio de IBERICA y verá multiplicadas sus ventas dada la gran difusión alcanzada por ella en toda España y América española.

TARIFA DE ANUNCIOS		
1 pág.	21 x 14 cms.	400 ptas. inserción
1/2	14 x 10'5	250
1/4	10'5 x 7	150
1/8	7 x 5'2	100

PRECIOS DE SUSCRIPCION	
1 año	100 ptas.
1/2	50

SOLICITE UN NUMERO DE MUESTRA

GUERIN, S. en C.

MATERIAL
ELÉCTRICO

Valencia, 257
BARCELONA

REVISTA UNIVERSAL FAMILIAR «MISIONES CATOLICAS» SALE MENSUALMENTE = CON CENSURA ECLESIASTICA.
EL PRECIO DE LA SUSCRIPCION ANUAL CORRIENTE, ES EL DE 18 PTAS., Y 25 PTAS. LA DE BIENHECHOR, Y EL NUMERO SUELTO 2 Ptas.
ADM. RED. Y CONFECCION: TIP. CAT. CASALS, CALLE CASPE, 108 (APARTADO DE CORREO 776) BARCELONA (ESPAÑA). TELEFONO 51726.

BIBLIOGRAFIA

MI MAESTRO. Homilias dominicales en forma de meditación, por el *P. Hilario Orzanco*, Misionero de San Vicente de Paúl. Segunda edición.—Ediciones FAX. Calle de Zurbano, 80. Apartado 8001. Madrid.—20x14 cms., XVI-464 págs., con ilustraciones. Ptas. 32.

Notas características de este libro son la abundancia y la belleza. Lo preside una amena exposición sobre Palestina en tiempo de Cristo, en el aspecto territorial, político y religioso. En cada domingo viene primero el texto evangélico, después una exposición preparatoria en la que se sitúa a la persona del Redentor en las circunstancias de lugar y tiempo que forman la escena de que se trate. Y luego los comentarios a la doctrina evangélica de Jesús —el único Maestro, *Mi Maestro*—, expuestos con profundidad y copia de doctrina, pero a la vez con sencillez atrayente y con gran originalidad. Llena estas páginas el espíritu práctico, popular y apostólico de los PP. Paúles. Y brillan también por la transparencia de su estilo feliz, limpio y lleno de verdad, retrato de la ordenada claridad del pensamiento. A todo contribuye la presentación del libro, que es muy esmerada, con las fotografías de los diversos lugares de Tierra Santa que lo adornan y prestan ayuda para la mejor inteligencia de las escenas evangélicas.

GUIA DE MI VIDA CRISTIANA, por *J. Lacroix*, S. I. Revisada por el *Dr. Félix Mozo Burgos*, consiliario de Acción Católica.—Ediciones FAX. Calle de Zurbano, 80. Apartado 8001. Madrid.—15x10 cms. XVI-364 págs. Ptas. 17.

Hay que recorrer despacio, una por una, las páginas de este libro, empapándose de su bondad, de su belleza y de su fragancia. Cualquiera de ellas es una enseñanza o un recuerdo. Mas con tener esa especie de graciosa autonomía que las hace tan atrayentes, forman un verdadero tratado doctrinal que se incorpora a la propia vida. Se aprende lo que es la religión al compás de la práctica de sus actos; se ahonda en la vida cristiana redescubriendo el dogma y las lecciones que encierra: aspectos ignorados y luminosos que nos asombran y embelesan.

Contiene esta Guía las ceremonias, esos gestos, esas

palabras y oraciones que acompañan a los sacramentos; algo de historia que explica como nos vinculan a Cristo que los instituyó; la parte doctrinal, nuestros dogmas y creencias.

Todo lo que sobre ellos enseña la fe y dicta el ideal cristiano. Este libro precioso, con su estilo amical, iluminará y enriquecerá mis ideas y mis sentimientos.

LA CONFESION. Instrucciones acerca del sacramento de la penitencia y frutos saludables que produce en las almas, por el *P. Manuel Monjas*, agustino.—Ediciones FAX.—Calle de Zurbano, 80. Apartado 8001. Madrid.—16x11 cms., 352 páginas. Ptas. 18; en tela, 8.

Con ser la confesión la única salida para la inmensísima mayoría de los mortales, es frecuente ver que, para quien la practica a menudo, se convierte en una rutina, y para quien no la practica en una especie de molestia anual. De aquí la inmensa utilidad y oportunidad de este libro que nos instruye sobre este sacramento, y nos explica sólidamente la infinita riqueza de sus frutos individuales, familiares, sociales.

La solidez de estas páginas es igual a su calor. La confesión está vista desde todos los puntos: La ley natural y la fe.—El pecado y sus estragos.—Sanción del pecado: la penitencia.—El sacramento de la penitencia.—Institución divina de la confesión.—El examen de conciencia.—La contrición de corazón.—El propósito de la enmienda.—La confesión de los pecados.—La vergüenza de confesar los pecados.—Satisfacción sacramental.—Confesión general.—Temeridad de esperar a la muerte. Las enumeradas hasta aquí son las instrucciones. Los frutos de la confesión se explican en la segunda parte por los siguientes capítulos: Males de que nos libra.—Bienes sobrenaturales que nos causa.—Preserva de recaídas.—Promueve la humildad.—Causa paz y consuelo.—Alienta a los escrupulosos.—Consuela a los enfermos.—Prepara el viaje a la eternidad.—Salvaguarda el hogar cristiano.—Sus beneficios para la sociedad.—Causa la felicidad de los pueblos.—Gestión del sacerdote confesor.—Provecho de la confesión frecuente. Libro que contiene lo mucho que hay que aprender y que enseñar sobre esta materia.

FERROCARRIL

TORTOSA A LA CAVA

TORTOSA

TARRAGONA

COMPRA - VENTA DE DESPERDICIOS DE
TRAPOS, PAPELES, HIERROS Y METALES

ISMAEL FOREST

Despacho: Rbla. Cataluña, 109
Almacén: Cra. Roquetas, s/n. Tel. 167

TORTOSA

JOSE BAULENAS (Hijo)

CONSTRUCCIONES METALICAS

TORTOSA

BALNEARIO BLANCAFORT

REUMA - BRONQUITIS - ASMA - SEDANTE SISTEMA NERVIOSO - CURA DE REPOSO

Tel. 27 - LA GARRIGA - Clima seco

«EL OCASO» S. A.

PASAN DE 10.000.000 SUS ASOCIADOS

AGENCIA EN TORTOSA

Moncada, 26.

Teléfono 103

JOSE CERVERA MORAGULL

Concesionario de GENERAL MOTORS PENINSULAR
AUTOMÓVILES - NEUMÁTICOS - AUTOS DE ALQUILER
RECAMBIOS, ACCESORIOS - TALLER DE REPARACIONES

Cervantes, 27 - Tel. 158

TORTOSA

COMERCIO Y ALMACENES AL POR MAYOR DE
DROGAS - COLONIALES - COMESTIBLES - PINTURAS
HIJO DE V. PERALTA

Casa Fundada en 1885

Rbla. de Cataluña, 74 - Tel. 38

TORTOSA

Niñas de Tezeque (Indios de Nuevo Méjico)

